





*Variaciones
del fantástico*

Variaciones del fantástico / Javier Ernesto Núñez... [et al.]; contribuciones de Leonardo Insinga... [et al.]; compilado por Federico Ferroggiaro; ilustrado por Horacio Mansilla. - 1a ed . - Rosario: Casagrande, 2018.

158 p.: il.; 19 x 13 cm. - (Rosario se lee / Ferroggiaro, Federico; 2)

ISBN 978-987-46616-7-8

1. Literatura Argentina. 2. Cuentos Fantásticos. 3. Literatura de la Provincia de Santa Fe. I. Núñez, Javier Ernesto II. Insinga, Leonardo, colab. III. Ferroggiaro, Federico, comp. IV. Mansilla, Horacio, ilus.

CDD A860

Rosario se lee

Coordinador del volumen: Federico Ferroggiaro

rosarioselee@gmail.com

Diseño editorial y de cubierta: Adriana La Sala

Casagrande, 2018

Pellegrini 957 (S2000BTJ) Rosario, Santa Fe, Argentina

casagrandeeditorial@gmail.com

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por cualquier medio o proceso sin el previo permiso escrito del editor y los autores.

Impreso en Argentina



ESCUELA DE LETRAS
Facultad de Humanidades y Artes
UNR

Realizado con el apoyo de **Espacio Santafesino**,
Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe.
Convocatoria 2017



Variaciones del fantástico



Rosario Se Lee

casagrande



Rosario se lee

Estos libros reúnen textos de escritores de la ciudad, de nuestra región.

Es apenas una muestra, un conjunto de textos y de escritores, seleccionados por el gusto y los intereses de quienes armamos esta Colección. Es decir, no abarcan a la totalidad de mujeres y de hombres de nuestra zona que dedican su vida, al menos una parte de ella, al placer y al arte de la escritura. Por lo tanto, las inclusiones y las exclusiones son el resultado de operaciones subjetivas de lectura y no implican, a nuestro entender, ni una valoración estricta, ni el propósito de construir un canon. Lo que nos importa es que, con estos escritos, estamos acercando a los docentes y alumnos una pequeña, pero significativa, imagen de aquello que crean personas que viven o han vivido, que sueñan, piensan, caminan, sienten las mismas calles y paisajes que ellos, ustedes, nosotros recorremos, observamos y respiramos a diario.

Elegimos textos y elegimos escritores. Los reunimos en volúmenes, apelando a la clasificación consolidada de los géneros literarios. Esta decisión operativa nos ofrece un marco conocido, unos conceptos que se trabajan en las escuelas secundarias y que forman parte de los contenidos de la materia Lengua y Literatura. Sin embargo, a pesar de que sostendemos este ordenamiento teórico, queremos

ofrecer un abordaje creativo, interesante, dinámico, que facilite la apropiación y el disfrute de los cuentos y poemas que se incluyen en los libros. Cada uno de ellos, por esta razón, será presentado por un o una docente de Lengua y Literatura, quien propondrá diferentes recorridos, posibles relaciones con otros lenguajes y/o disciplinas, lecturas complementarias que ensanchen los horizontes y propuestas de trabajo que vinculen la teoría con los textos.

Esperamos y deseamos que los textos encuentren a sus lectores; que los jóvenes de Rosario y la región conozcan un poco más sobre las creaciones de sus vecinos: los escritores de esta zona; que disfruten de ellos, que se encuentren, que aprecien el vigor, la actualidad, la cercanía de estas palabras, de estos versos, de estas historias; y que se sientan invitados a habitar el maravilloso universo de la literatura.

Si bien **Rosario se lee** es un proyecto y una colección impulsada y realizada por muchas personas con roles diferentes: escritores, docentes, correctores, diseñadores, etc., también forman parte de él otros actores que no figuran con sus nombres y apellidos en estas páginas. Por eso queremos darle las gracias a las familias y a los afectos que están detrás, al lado, adelante, de cada uno de los participantes de este libro porque, lo sabemos: solos no somos nada.

Sin el apoyo de Espacio Santafesino y del Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe estos libros no existirían: a ellos, nuestra gratitud. El agradecimiento se extiende a las instituciones que, a través de sus directivos, autoridades o colaboradores, han apoyado a **Rosario se lee** desde el comienzo de su formulación. La Escuela Zona Parque y la EEMPA N° 1256, la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades, la Asociación de Graduados de Letras, la Facultad Libre de Rosario y la Mutual AMEN siempre han estado presentes.

Por último, aunque quizás el principal agradecimiento, es para vos, lector, lectora, que ahora abrís este libro, pasás esta página y entrás de lleno en los cuentos que integran *Variaciones del fantástico*, este volumen de la Colección **Rosario se lee**. Gracias por estar ahí, ¡buenas lecturas!

Equipo de Rosario se lee



Instrucciones (posibles) para leer y descubrir este libro

Variaciones del fantástico comienza con el relato *El último milagro* de Javier Núñez en el que coinciden acontecimientos de la Historia, nuestro conflictivo presente, con las intervenciones que el Prodigioso, singular personaje, realiza en el Tiempo. Una descabellada invención inaugura el cuento de María Florencia Moscato, *Deus ex machina* y se une, en las páginas y temáticamente, de alguna manera, con esa niña que nos habla, con una voz tan adulta, en *La reencarnada* de Patricia Suárez. La vida después de la muerte adquiere en ambos dos tonos, dos registros, dos recorridos completamente diferentes. Luego, *El Mimo*, de Daniel Basilio nos propone explorar la figura del doble mientras que el cuento de Alma Maritano, *Informe de un moribundo*, nos enfrenta a las inefables experiencias de la situación límite. Aunque muchos críticos colocan la ciencia ficción por fuera del fantástico, nuestro libro continúa con un capítulo de la novela de Bernardo Stinco, *Los jardines espaciales*, en el que conoceremos la vida en una ciudad en la Luna. Por último, en *Inframundo*, de Federico Ferroggiaro, asistimos al relato de una guerra subterránea y veremos la historieta que inspiró en Horacio Trino Mansilla.

En este marco, cada uno de ellos es abordado por un docente de Lengua y Literatura que trabaja

o trabajó en las escuelas secundarias de la ciudad de Rosario o la región. Son estos profesores y profesoras quienes, desde sus experiencias como lectores y docentes, y poniendo en juego sus conocimientos disciplinares, proponen diversas formas de leer, trabajar en el aula, comentar, opinar, crear, investigar y relacionar con otros cuentos, novelas, películas, canciones, es decir, otras artes y discursos. La idea, nuestra idea, esa chispita que impulsó este proyecto, es que en todas las aulas donde ingrese este libro, cada docente con su grupo, compartiendo la lectura, dialogando sobre las impresiones y las sensaciones que les produjeron el o los relatos, estableciendo nuevos intertextos, escribiendo narraciones individuales o en equipos pueda generar nuevas propuestas de abordaje para los cuentos, de acuerdo a la forma de ser de cada grupo. También, por qué no, cada lector puede abrir el libro en cualquier parte, al azar, y explorar las páginas de cualquiera de los cuentos. O detenerse en la biografía de un autor e investigar sobre su escritura, su trayectoria, sus otros libros y publicaciones. O, incluso, ponerse jugar con las actividades que acompañan a los cuentos. Creemos que los libros nos invitan a la aventura; este no tiene por qué ser la excepción. Estas instrucciones posibles hablan de un libro de cuentos, de este libro de cuentos, de cómo fue hecho y pensado. Nada más. Estas instrucciones (posibles) se autodestruirán en 5 segundos... 5... 4... 3...

Variaciones del fantástico

Para que un cuento fuera considerado perteneciente a la literatura fantástica debía reunir determinadas características. En su libro canónico sobre el tema, Tzvetan Todorov señala que la primera condición es que, en un relato con un marco “realista”, irrumpa un hecho sobrenatural que provoque la vacilación o indecisión en el lector, al igual que en el narrador o en alguno de los personajes, sobre si este acontecimiento es o no es “real”. Dicha duda vendría a ser aquello que marca la impronta, que es la señal distintiva de aquellos cuentos que podemos considerar “fantásticos”. Como complemento, entre otros puntos, indicaba que ese suceso no debía recibir una interpretación alegórica o simbólica. Es decir, que debía comprenderse literalmente.

A partir de los textos de Franz Kafka (1883-1924), esa forma del género estaba destinada a perder su fuerza, su impacto, frente a otros modos de escritura que poseen rasgos diferentes. En la teoría, Jaime Alazraki afirma que el “neofantástico” es un nuevo género y enfatiza que, en los textos neofantásticos, se presenta la existencia de una segunda realidad que, por debajo de las apariencias del mundo real, sin buscar generar miedo, sin bastidores ni fuegos de artificio, propone metáforas que expresan otros sentidos, las cuestiones que escapan al lenguaje y a la razón. Algo similar a lo que

sostiene Cortázar, cuando escribe que su gato Teodoro W. Adorno permanece inmóvil observando un punto vacío del espacio y que ese punto es donde convergen las fuerzas sobrenaturales: un punto vélico que nosotros no sabemos ver. Y agrega: “Lo fantástico fuerza una costra aparente... hay algo que arrima el hombro para sacarnos de quicio. Siempre he sabido que las grandes sorpresas nos esperan allí donde hayamos aprendido por fin a no sorprendernos de nada...” (Cortázar 2000: 84)

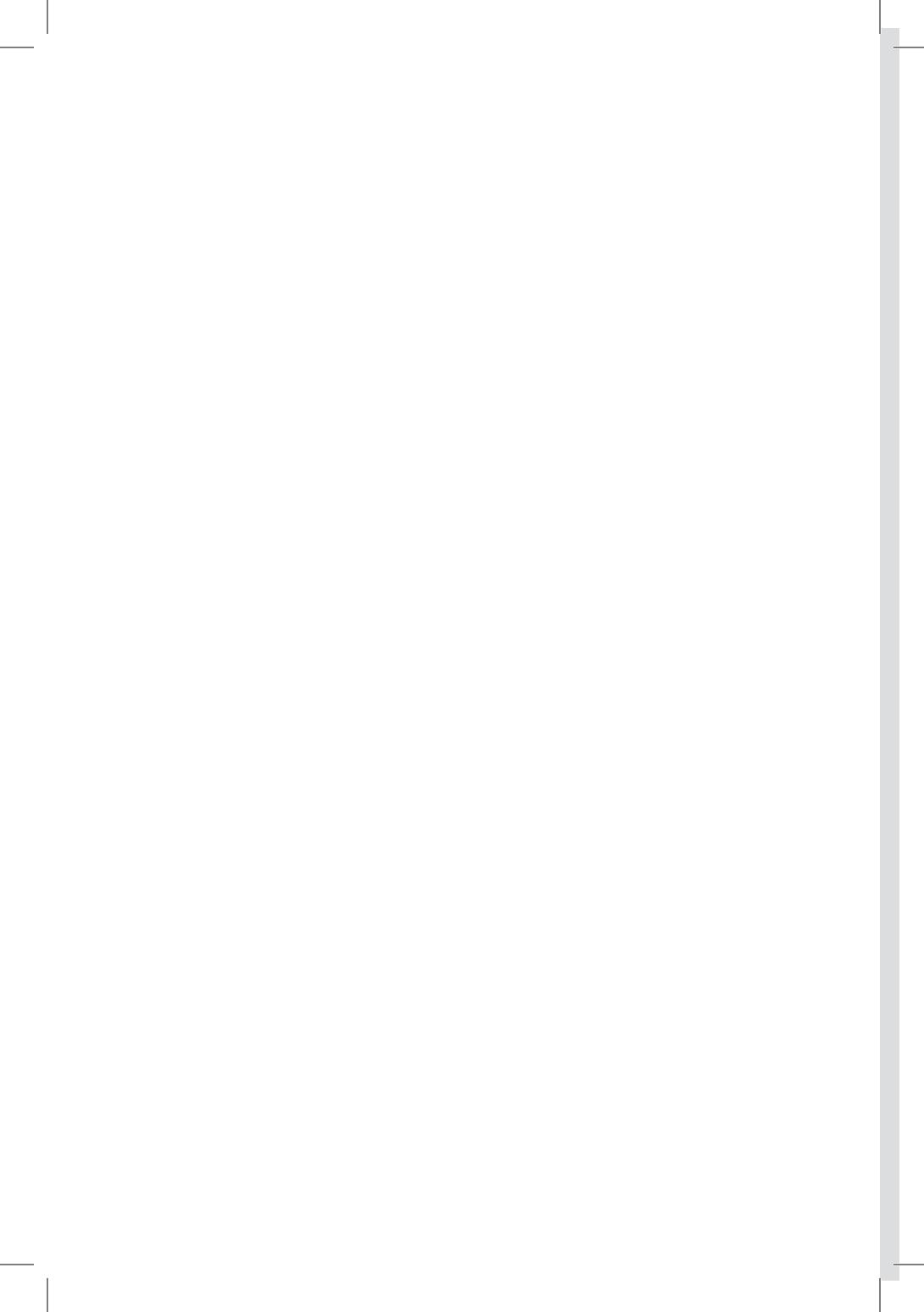
Entonces, los hechos sobrenaturales ya no se producen como irrupciones inesperadas o manifestándose de un modo estridente, preparado y anunciadamente perturbador, en el desarrollo o al final del texto. Actualmente, en estos escritos, lo sobrenatural, conservando su esencia increíble, persiste y se despliega en todo el relato. Esta situación, en el o los personajes, en el narrador, en los lectores, puede estar tratada de modo tal que genere incomodidad y malestar, o angustia, o simplemente una sensación cómica o humorística. El fantástico como género y estética, salta el cerco teórico y se presenta con múltiples facetas, con aspectos sorprendentes, como una mixtura que se entreteje en los hilos del relato.

En definitiva, hoy en día, los cuentos actuales que suelen ubicarse en esta categoría son aquellos en los cuales ya sea desde el comienzo o en algún momento, de manera evidente y explícita o veladamente, nos encontramos con uno o varios

elementos que no suelen ser considerados lógicos, racionales, naturales, de acuerdo a lo que en una sociedad se concibe como lógico, racional, natural. Los fantasmas, las siniestras proyecciones de los sueños, de las visiones, de los estados mentales alterados por alguna sustancia o circunstancia; los desórdenes témporo-espaciales, entre otros temas pasan a ser las diferentes variaciones del fantástico. Claro, siempre y cuando entendamos que esos hechos no pueden ocurrir en la “realidad”.

Bibliografía

- Alazraki, J.** (1990). “¿Qué es lo neofantástico?”, *Revista Mester*, vol. XIX, Nro. 2.
- Barrenechea A.** (1972). “Ensayo de una tipología de la Literatura Fantástica”, *Revista Iberoamericana*, XXXVIII, Nro. 80, Pittsburg, Pensilvania, julio-septiembre, pp. 391– 403.
- Bioy Casares, A.** (1965). “Prólogo” en *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ceserani, R.** (1999). *Lo fantástico*, Madrid: Visor.
- Cortázar J.** (2000). “El sentimiento de lo fantástico” en *La vuelta al día en ochenta mundos. Tomo I*. México: Siglo XXI Editores.
- Todorov, T.** (2000). *Introducción a la literatura fantástica*, Buenos Aires: Paidós.



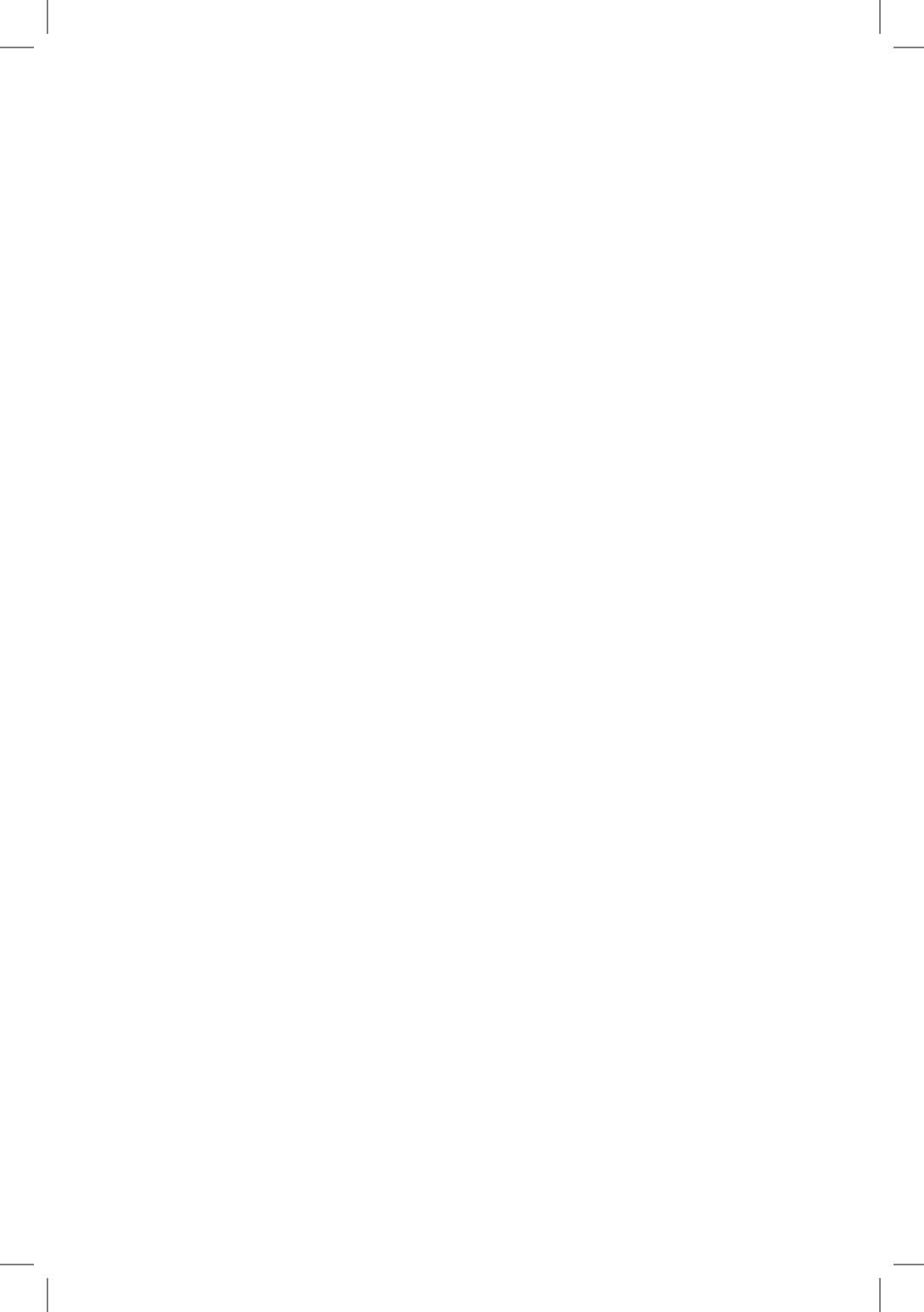
EL ÚLTIMO MILAGRO

(en *Praga de noche*, El ombú bonsai, Rosario, 2012)

Javier Nuñez

Nació en Rosario en 1976, es escritor y colaborador de prensa. Publicó los libros de cuentos *La risa de los pájaros* (Ciudad Gótica, 2009) y *Praga de Noche* (El ombú bonsai, 2012); y *Tríptico* (Eduvim, 2013), una selección de textos publicados en la contratapa de Rosario/12. Con su novela *La doble ausencia* (Editorial UV, México, 2013) fue finalista del premio Emecé de novela 2011 y ganador en 2012 del Premio Latinoamericano a Primera Novela "Sergio Galindo", convocado por la Editorial de la Universidad Veracruzana. Ese mismo año fue declarado Escritor Distinguido por el Concejo Municipal de Rosario. Recientemente publicó la novela *Después del fuego* (Le pecore nere, 2017). Es colaborador en la sección contratapa del diario Rosario/12. Algunos de sus cuentos han aparecido en revistas y antologías del país y del exterior.





Alguna vez habrá tenido apellido. Uno que se perdió en el tiempo, eclipsado por ese mote inseparable que empezó a acompañar su nombre: Octavio, el Prodigioso. Los portentos que se le atribuían eran varios. El más célebre, acaso, se remontaba al ardiente febrero de 1813 cuando, entre el rumor de huestes y de aceros que escapaba del convento San Carlos, advirtió el peligro que habría de acechar al por entonces coronel San Martín en la batalla que se agazapaba detrás de la alborada.

Las versiones –que el tiempo disfrazó de leyendas– cuentan que la alarma fue recogida por el granadero Baigorria, un puntano de ojos felinos y coraje animal que lo visitó en el crepúsculo del 2 de febrero. Hasta entonces el Prodigioso había permanecido sumido en la intrascendencia de esporádicos augurios y milagros menores. Aquella visita, su indirecta participación en los hechos que habrían de modificar la historia de buena parte de Sudamérica, cambiarían eso para siempre.

Baigorria siguió el mapa que su primo le había dibujado sobre un trozo de tela hasta una casita aislada, ceñida por una arboleda frondosa y plantas silvestres. No te vas a arrepentir, había dicho el primo, a quien el Prodigioso le había curado milagrosamente una severa enfermedad venérea que nunca explicó dónde había pescado. Baigorria no creía en curanderos ni milagros. Cuando la puerta se abrió, segundos antes de que su puño alcanzara a golpearla por primera vez, se preguntó qué carajo

hacía ahí. El viejo que acababa de abrir miró por sobre el hombro de Baigorria.

-Un crepúsculo rojo -dijo-. El preludio de la sangre derramada.

El granadero no se inquietó: todo el mundo sabía que la batalla era inminente. El viejo tendría que esforzarse más para vulnerar su incredulidad. Entró a una habitación húmeda. Las sombras flotaban en un aire viciado por los efluvios de una marmita y el enredo de aromas de hierbas secas que se amontonaban en los frascos de un estante. El viejo le indicó que se sentara. Baigorria ocupó un taburete frente a una tosca mesa de madera plagada de muescas y rayones. Miró al viejo moverse sin prisa entre los muebles: se preguntó cuántos años tendría. Sus manos y piernas parecían firmes y ágiles; el brillo vital de sus ojos desmentía de inmediato las arrugas de su cara. Sesenta, quizás. O seiscientos.

El Prodigioso sirvió té humeante y aromático para los dos. Bebieron en silencio. Cuando Baigorria terminó, el viejo tomó su tazón y leyó en el fondo su destino.

-El futuro es impredecible -dijo-. Desde el mismo instante en que lo conocemos, deja de ser destino para volverse una opción.

Baigorria largó un bufido o una especie de risa.

-Eso suena a excusa.

El Prodigioso le devolvió una mueca enigmática, apoyada en una sonrisa de dientes biliosos.

-Es una advertencia. ¿Quiere conocer el porvenir?

El soldado pensó un instante. Un cielo de tormenta pareció cruzarle los ojos.

-No sé. No creo en estas cosas. Vine por curiosidad.

-Espero que le haya gustado el té.

Baigorria asintió en silencio. Por un momento sopesó la posibilidad de preguntar, creer en esos ojos mansos que parecían sumergirse en las entrañas de su alma. Pero le temió a las respuestas. No a lo que dijieran sobre su suerte, sino a la influencia que pudieran tener sobre ella. Conocía los riesgos de la batalla. No ignoraba a lo que se exponía al cabalgar contra el enemigo. Pero su temple y su coraje no eran producto de una indiferencia ante el peligro ni falta de apego a su propia piel; por el contrario, su actitud era la respuesta visceral al miedo inevitable, al retumbar de los cascos y su pulso enloquecido palpitándole en las sienes. Su arrojo era producto del miedo, su forma de combatir esa propensión a cerrar los ojos y quedarse inmóvil en la marea de lanzas y de gritos. Pero la convicción de creerse ante un augurio irrefutable, la imagen irreprimible de una muerte agazapada que lo esperaba allí donde le había sido anunciada, podía cambiar por completo su manera de enfrentarse al miedo. O lo contrario: la serenidad de creer que atravesaría indemne esa batalla, que sortearía sables y fusiles porque así le fue anunciado, podía aniquilar su buen juicio y empujarlo a situaciones irreversibles que dieran por tierra

con él y sus augurios. Una mala predicción podía condicionarlo, doblegar su coraje de fiera herida; una profecía favorable podía lanzarlo al desastre. Si en algo tenía razón el Prodigioso, pensó, era en que el futuro deja de ser destino desde el momento en que lo conocemos. No le temió a los augurios: temió a creer en ellos.

-No me diga nada de mí -pidió-. Pero hábleme de la batalla. Dígame si vencemos.

El Prodigioso arrugó los ojos, como si un sol invisible le pegara en la frente.

-Veo una victoria; veo sacrificios. Una sombra oscura se cierne sobre este día. Algunos acontecimientos de mañana podrían definir el futuro de la patria y del continente.

-Ay, carajo -dijo Baigorria, con repentina clarividencia-. El coronel.

-La visión es oscura. Un gran peligro lo acecha, pero no me atrevo a asegurar su suerte. Tendría que traerlo.

Otra vez el resoplido como de un caballo, esa risa explosiva que a Baigorria parecía salirle por la nariz.

-No lo conoce. Me ganaría unos buenos azotes por la estupidez de sugerirle una cosa así. ¿Alguna otra idea?

El Prodigioso desplegó sus manos ásperas, como pájaros en fuga.

-Quédese cerca -dijo.

Horas después Baigorria atravesaba con su lanza

al soldado realista que se disponía a acabar con José de San Martín, atrapado bajo su caballo herido. Aunque esta oportuna intervención y el sabio consejo del Prodigioso acabaron empañados por el arrojo del sargento Juan Bautista Cabral, que sacrificó su vida para liberar a su coronel del peso del caballo, y los libros de historia se encargaron de omitir toda mención del Prodigioso en las incontables crónicas de aquel bautismo de fuego del regimiento patrio, apenas acallados los ecos de aceros entrecruzados y lamentos el rumor se extendió como un río desborrado hacia el norte y hacia el sur, atravesó las paredes del convento, las casuchas de la aldea de San Lorenzo, salvó caminos y carreteras hasta la guarnición al mando de Celedonio Escalada en Rosario y se afincó para siempre en las orillas del Paraná.

23

Otros augurios posteriores –menos célebres pero más concretos– y un insoslayable repertorio de milagros cotidianos transformaron al Prodigioso en un mito viviente. Los aldeanos viajaban a pie o a lomos de caballo para verlo; lo colmaban de ofrendas, lo veneraban sin vacilaciones. Poco a poco aprendieron a silenciar sus virtudes y a erigir una férrea frontera invisible que ningún prodigo atravesaba, conscientes de que la trascendencia podría traerles un éxodo imparable de devotos que acabaría por espantar al milagrero. Una línea imaginaria dividía al mundo en dos: los que estaban al amparo del Prodigioso, y los que estaban librados a la buena de dios.

Pasó el tiempo. Un ojo omnipotente y encumbrado, una mirada que descendiese desde una altura inconcebible para posarse en cierta región que se alza a orillas del Paraná, y que fuera capaz de trascender las leyes del tiempo y ver los años apilados en un mismo segundo, hubiera podido ver la multiplicación de viviendas como una reproducción celular, casas eucarióticas inmersas en la mitosis imparable del progreso. Podría haber visto las calles, avenidas y rutas como tajos en la tierra, el asfalto derramándose y cubriendo espacios verdes como una mancha, una gota de sangre en un papel absorbente, un cáncer irreprimible en placas sucesivas. Podría haber visto nacer y crecer y morir a los hombres: ser polvo y carne y huesos y polvo otra vez. Y en medio de todos ellos, inmutable, el Prodigioso continuaba con su curtida piel de pergamo y su edad incommovible. Los crepúsculos se habían sucedido uno tras otro mientras sus ojos –desde su terrenal ubicación– veían los ladrillos trepando como enredaderas, el cielo que se desembazaba de velas y cañones para salpicarse de chimeneas y de silos, las calles como un manto a sus pies, las vías perdiéndose en el horizonte. Las ciudades se habían alzado en torno al Prodigioso sin tocarlo, sin desgastar la piedra eterna de su casa, ni la floresta que envolvía con su abrazo la privacidad y la mansedumbre de sus días. San Martín y sus granaderos habían hecho la historia y los historiadores los rehicieron a su antojo. Pasó la historia,

con sus presidentes electos, sus décadas infames y revoluciones. Pasó la historia y el futuro lo encontró en su rincón bordeado de pinares y alamedas, a la orilla de ciudades, de rutas y de siglos.

Pero lo que ciento sesenta y cinco años no pudieron lograr, habría de cumplirse en manos de un hombre.

Guzmán tenía aspecto de chacal, o de algún animal carroñero, y olía similar. En los rasgos y en la piel se le adivinaba una lejana ascendencia indígena que el mestizaje había ido diluyendo de una generación a otra. Ancho de cuello, tenía unas manos grandes y peludas que parecían gatos ovillados. Detuvo la camioneta algunos metros antes de la casa; el resto del camino lo hizo a pie con una cojera apenas perceptible. Algunos rayos de un sol como vino blanco agrietaban las copas de los árboles. Se secó el sudor con el dorso peludo de una mano, mientras alzaba la otra dispuesto a golpear la puerta. Alguien la abrió antes de que tocara. Desde la penumbra húmeda, una voz clara y serena lo invitó a pasar.

Guzmán dio un par de pasos inseguros. Creyó percibir un olor extraño que se imponía sobre otros familiares, aunque tampoco lograba identificarlos. Después comprendió que el olor extraño provenía de él: era miedo. No estaba acostumbrado al miedo. Le habían pegado tres cuchilladas, un tiro en la pierna –la causa de su leve cojera–, y había estado a punto de perder un brazo con una trilladora. Había

visto la muerte de cerca muchas veces. Sobre todo la ajena. Llevaba años viendo –y proveyendo– la muerte. Podía decir que la entendía. Y no le tenía miedo a lo que entendía, sino a lo que escapaba a su comprensión. Como ese viejo que soplaba una taza humeante. Sobre la mesa había otra taza igual.

–Siéntese. No deje que se enfríe.

Guzmán se acomodó en la silla vacía y tomó la taza. Reconoció el olor: té de malva. Unos meses antes se había tenido que hacer baños de asiento con malva para las hemorroides. Hervía el agua hasta que el olor impregnaba la cocina, después la dejaba enfriar hasta que ya no representaba ningún peligro y metía el culo peludo y sangrante en una palangana de agua turbia. Siempre lo había probado con el culo, nunca con la boca. Bebió un sorbo con desagrado.

–¿Esperaba a alguien?

El viejo asintió sin mirarlo. Lo espero desde hace mucho, añadió. Guzmán se removió en la silla.

–¿Cómo lo supo?

Se sintió estúpido apenas terminó de soltar la pregunta. El Prodigioso lo miraba impávido, sin decir nada. No pudo sacudirse la sensación de estar ante alguien para quien no había secretos. Bebió un poco más de té –el desagradable té que su memoria asociaba con el culo y que le dejaba un sabor pastoso en la boca– para disimular la turbación. El viejo bebía despacio. Parecía cansado. Guzmán habló de nuevo:

-Supongo que también sabe quién soy.

El Prodigioso asintió. No era ninguna sorpresa: todos lo sabían. Guzmán era la mano derecha, la izquierda y una pierna de Gervasio Argüelles, dueño de estancias, campos, terrenos y comercios a todo lo largo del cordón industrial. Era su capataz, consejero, cobrador y negociante. Argüelles era Dios y Guzmán el hacha, los males de la caja de Pandora liberados, el comandante de los jinetes del apocalipsis. Guzmán era el hijo de puta más grande desde el nacimiento del Paraná hasta su desembocadura. Si no contaban la casa de gobierno, probablemente también hasta la cordillera. Eso incluso el Prodigioso lo sabía.

Qué lo trae por acá, le preguntó. Guzmán lo miró fastidiado, sintiendo que acaso también sabía esa respuesta.

-La muerte -contestó-. O mejor dicho: la vida.

El viejo Argüelles se estaba muriendo, explicó. La mañana anterior lo había mandado a llamar y, tras sentarlo frente a su escritorio, le había explicado la situación. Los médicos no le daban mucho tiempo. Pero el viejo se había creído aquello de ser dios. O, por lo menos, que todo podía comprarse. Incluso la inmortalidad.

-Quiere vivir para siempre -dijo Guzmán.

-Nadie puede vivir para siempre.

-¿Cuántos años tiene usted?

-Muchos.

-Con eso bastará.

El Prodigioso meneó la cabeza. Guzmán insistió. No encontró forma de convencerlo. Con serenidad, el viejo le explicó que no estaba dispuesto a concederle, ni a Argüelles ni a nadie, la gracia de una vida milenaria. No se dejó inquietar por el tono de Guzmán, y apenas si dejó entrever una sonrisa velada, acaso de commiseración, ante los burdos ofrecimientos de tierras, riquezas, mujeres o poder. Despúes tomó la taza vacía de Guzmán y leyó la huella del té en el fondo del tazón. Los dedos del viejo dibujaron una figura rápida. Un númeromístico. La verticalidad formal del infinito.

-¿Quiere un consejo? Cuídese de la ambición. Lo llevará por un camino que puede postergar su suerte, pero no evitarla.

Guzmán suspiró. No estaba acostumbrado a las negativas. Mejor dicho: estaba habituado a quererlas. Sacó un cuchillo de caza que apoyó sobre la mesa; encendió un cigarrillo, largó el humo hacia el techo y siguió hablando como si aquello no acabara de suceder, como si el gesto de poner el arma a la vista no hubiera sido más que un sueño. Qué le parece, dijo Guzmán, si lo piensa de nuevo. El Prodigioso le devolvió una sonrisa triste, lejana, y Guzmán meneó la cabeza con resignación.

-Viejo testarudo. Créame que no me gusta hacer esto. Pero a usted le va a gustar menos.

Lo torturó durante doce días. Doce días interminables en los que Guzmán se instaló sin apuros en la casa aislada. Doce días que el Prodigioso pasó

sumido en un infierno de atrocidades constantes. De humillación y vejaciones. De gritos que se perdían entre los árboles y caminos vacíos. Doce días que transformaron al viejo en un despojo, en un pedazo de carne dolorida que apenas lograba mantenerse consciente durante unos instantes. Doce días que acabaron por quebrarle la voluntad y hacerle decir que sí, de acuerdo, hay una manera.

Guzmán lo arrastró hasta la cocina. Las manos débiles del Prodigioso se volcaron al barullo de frascos y marmitas y sus labios, todavía con gusto a sangre, a los conjuros en voz baja. Pasó la noche entera entre ollas humeantes. Con las primeras luces del alba, trasladó la pócima tibia a una botella de mano que dejó sobre la mesa.

29

-Eso servirá -le dijo a Guzmán-. Dígale que lo beba.

Guzmán lo miró con desconfianza. Cómo sé que no está tratando de envenenarlo, preguntó. El Prodigioso metió una mano en la olla con restos de la pócima. Con la palma empapada empezó a frotarse el cuerpo lacerado, las múltiples quemaduras, los hematomas. Ante los ojos incrédulos de Guzmán todo vestigio de la tortura empezó a desaparecer. Había escuchado maravillas del Prodigioso, y había visto algunas. Pero nada como eso. Tomó la botella y la contempló con un brillo inesperado en los ojos. Funcionaba. Funcionaba de verdad. La bebió con ansia, sin pararse a respirar ni una vez. Después se limpió la boca con el dorso de la mano.

-Es amarga -dijo.

El Prodigioso no se mostró sorprendido. Como si hubiera sabido de antemano que la pócima nunca llegaría a manos de Argüelles. Empezó a acomodar el desorden de platos sucios en la mesada, los vasos apilados en la piletta, los cubiertos y herramientas con restos de comida o de sangre que Guzmán había ido dejando en esos días. Trabajaba como si el otro ya no estuviera ahí y la memoria del dolor también se hubiera ido con la poción. Guzmán no decía nada. Lo miraba hacer, acaso sopesando una decisión, o con la decisión tomada y sin saber cómo empezar. El Prodigioso se sentó. Cruzó los brazos sobre el regazo y lo miró.

30

-Todavía estoy yo -dijo.

-Claro. Cuando no vuelva, Argüelles me va a buscar. Me puedo esconder, desaparecer un tiempo hasta que el viejo estire la pata. Tiempo, ahora, es lo que me sobra. El problema es que puede mandar a otro para acá en busca de lo que yo le robé, y entonces me encontraría huyendo por siglos. Lo entiende, ¿verdad?

-Lo entiendo.

Sonaba cansado, o desilusionado, como si acabara de perder la fe en la humanidad en aquel mismo momento.

Guzmán rodeó la mesa y se acercó por detrás de la silla. Tomó el cuchillo con el filo apuntando hacia abajo y agarró al Prodigioso por el pelo. El viejo se dejó llevar la cabeza hacia atrás sin oponer resis-

tencia. Sus miradas se encontraron una última vez.

-Guzmán -dijo el viejo, y los ojos eran brasas-, va a tener una vida larga. Ojalá le alcance para arrepentirse.

Lo encontraron seis días más tarde. Había previsto la furia de Argüelles, la cacería que iba a desatar. Lo que no había previsto era que lo del Prodigioso se supiera tan pronto y que una horda indignada se lanzara a buscarlo. Tuvo que evitar las calles, los pueblos, las estaciones de servicio, las posadas. Los lugares donde se podía esconder empezaron a agotarse, después desaparecieron. Más tarde escuchó los perros, los motores, los gritos.

Sánchez, El Ruso y Olivera. Habían trabajado juntos varias veces, cuando el viejo Argüelles encargaba algo muy pesado y hacían falta más hombres. Le rompieron los dos brazos, una pierna y siete dientes. Lo arrastraron por la huella seca que un tractor había dibujado en un camino de tierra y lo metieron entre unos árboles. Lo apoyaron contra un eucalipto para que pudiera tenerse en pie. Vio los fogonazos. Después todo negro.

Y entonces comprobó el poder del Prodigioso. Abrió los ojos como si volviera de un sueño profundo. Sus sentidos y el mundo se amoldaron: le llegó el canto de un pájaro, el rumor del viento entre los árboles, el olor del eucalipto, el ruido de la corteza suelta aplastada por su pie. Ahí estaba otra vez, indemne.

Y ahí estaban otra vez las bocas oscuras de los revólveres. Sánchez, El Russo y Olivera apuntándole. Nada en sus ojos hacía suponer un desconcierto. Vio los fogonazos. Después todo negro.

Le llevó varias muertes comprender que volvía siempre al mismo instante, en un desdoblamiento temporal que no notaba nadie más que él. Sus ejecutores lo habían vivido una sola vez: después fue alejarse de un cuerpo tendido, de las manchas de sangre en un árbol aislado. Guzmán, en cambio, siguió viviendo una eternidad congelada en un único instante que se repetía una y otra vez. Y otra. Y otra.

ACTIVIDADES

Prof. Leonardo Insinga



Nació en Rosario el 29 de agosto de 1987. Es Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Se desempeñó como ayudante de cátedra en Literatura Italiana –Facultad de Artes y Humanidades de Rosario– desde el año 2012 hasta el año 2015. Formó parte del jurado en el concurso *Premio literario Luigi Pirandello: en busca de rostros y máscaras* (2017). Actualmente es docente de Lengua y Literatura en escuelas secundarias rosarinas.

33



Fundamentación

El estudio de la Literatura en determinadas situaciones –como en las clases escolares– comporta dificultades, ya que se trata de un área que se resiste a una definición unívoca. No es posible adjudicarle a la literatura un objeto de estudio preciso; pero, sí es posible encontrar un concepto que define al hecho literario: la ficción. La ficción se inscribe en el terreno de lo imaginario lo cual hace que la Literatura, a diferencia de otras disciplinas, se resista una escritura puramente pragmática y prescriptiva. Al respecto, el cuento *El último milagro* de Javier Nuñez –que motiva esta propuesta de trabajo– dialoga con la historia argentina al presentar personajes y situaciones de tipo histórico a la vez que presenta un relato de carácter fantástico.

La Literatura, como ya lo apuntó Julio Cortázar, “no nació para dar respuestas, tarea que constituye la finalidad específica de la ciencia y la filosofía, sino más bien para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo real”¹. Es por eso que el cuento de Nuñez habilita y motiva el acercamiento al discurso histórico; brinda la posibilidad de repensar un hecho de nuestra historia y evaluar de cuánto se sirvió el autor para la creación de su relato. Por lo tanto, es posible afirmar que la lectura y el análisis de textos literarios algunas veces resulta un pasaje: puente de acceso al discurso histórico, filosófico, al terreno de la psicología y hasta el campo científico.

La presente propuesta de trabajo, a su vez, apunta, en primer lugar, a explorar el análisis que las subjetividades de los alumnos puedan hacer de *El último milagro* previo a un desarrollo teórico y a un estudio de carácter interdisciplinario. Es por eso que las primeras actividades son de compresión lectora. En segundo lugar, el objetivo de este abordaje será el estudio de la lengua y de los fenómenos gramaticales que subyacen a la escritura del relato. En este punto el docente podrá evaluar con qué saberes previos cuentan los estudiantes en materia sintáctica, semántica y morfológica. Finalmente, una vez que el alumno cuente con las herramientas que exige este análisis, se propone como propuesta de trabajo la producción de un texto narrativo que tenga como marco algún hecho histórico identificable en la historia argentina.

1 Cortázar, J (2013): “La literatura latinoamericana en nuestro tiempo” en *Clases de literatura* [1980], Buenos Aires: Alfaguara.

Propuesta de trabajo en el aula

Destinatarios

Alumnos de primero y segundo año de la escuela secundaria.

Conocimientos indispensables

> Tipos de narradores > Cuento realista > Marco narrativo
> Recursos cohesivos: sustitución pronominal > Afijación: palabras simples, compuestas y derivadas > Tiempos verbales de la narración

Temporización estimada

Cuatro clases de 80 minutos cada una.

Consignas para trabajar el relato

A/ Para discutir luego de la lectura

1. ¿Con qué fin Baigorria se dirige a hablar con el Prodigioso?
2. ¿Qué datos omite la Historia según el narrador?
3. ¿Con qué calificativos el narrador describe a Guzmán?
4. ¿A qué le teme Guzmán?
5. ¿Por qué en el relato se dice que “Argüelles era Dios” y “Guzmán el hacha”?
6. ¿Por qué el Prodigioso no se sorprende cuando Guzmán bebe la pócima?
7. ¿En qué momento Guzmán comprueba el poder del Prodigioso?
8. ¿A qué hecho histórico alude el cuento?
9. Determinar qué personajes son históricos y qué personajes son ficticios.
10. Discutir las principales características del cuento realista y luego establecer las diferencias que existen entre este tipo de texto y el cuento de Nuñez.

B/ Gramática del texto

1. ¿Cuál es el tiempo verbal que predomina en el cuento?
Extraer tres verbos como ejemplo.
2. ¿En qué momentos del relato el autor emplea el Pretérito Pluscuamperfecto? ¿Cuáles son las características de este tiempo verbal?
3. Marcar los pronombres del tercer párrafo del relato y determinar a qué palabra remiten.
4. Escribir palabras que sean derivadas de las siguientes presentes en el cuento:
humante; impredecible; enloquecido;
inevitable; predicción; rehicieron;
ovillados; desagrado; indiferencia.
5. Marcar las raíces, los prefijos y sufijos de las palabras del punto anterior.
6. Revisar el concepto de campo semántico y luego completar el siguiente cuadro.

36

Baigorria		
	<i>augurios</i>	
		<i>inmortalidad</i>
	<i>pócima</i>	

C/ Producción de texto

1. Pensar e investigar algún hecho de la historia argentina. Luego escribir un breve informe sobre éste.
2. Elaborar una lista sobre los personajes que participaron de ese hecho histórico. Anotar algunas características de cada uno.
3. Imaginar algunos personajes que “pudieran haber participado” de ese hecho y que por determinadas ra-

zones la Historia acalló. Por ejemplo, si se pensara en la Guerra de Malvinas como hecho histórico podría imaginarse lo que tuvo que vivir un joven soldado que se encontraba en una trinchera.

4. De los personajes anotados en los puntos anteriores –históricos y ficticios– elegir uno que pueda ser protagonista de un relato.
5. Pensar y escribir un problema que se le presente a este personaje y cómo pudo resolverlo.
6. Tomando lo realizado anteriormente, escribir un cuento que tenga como marco narrativo el hecho histórico desarrollado en el primer punto.

Para conocer un poco más sobre el autor

Entrevista a Javier Nuñez por Club de Lectura Rosario 3.

37

<https://www.youtube.com/watch?v=4no6DokeiHY>.



Club de lectura de Rosario 3: Javier Nuñez

Para seguir leyendo narrativa fantástica

Borges, J.L.; Bioy Casares, A. y Ocampo, S. (2014) *Antología de la literatura fantástica*, [1965]. Buenos Aires, Debolsillo.



Para acercarse a la historia argentina

El Combate de San Lorenzo: especial San Martín Canal Encuentro.
<https://www.youtube.com/watch?v=Q7vO8WDabRo>.



Historia: La Batalla de San Lorenzo - Canal Encuentro.



DEUS EX MACHINA

(inédito)

Florencia Moscato

Es docente y vive en Rosario. Formó parte de los talleres dictados por Carlos Bagnato y Marcelo Scalona. En 2014 fue seleccionada para formar parte de las antologías: *150 relatos de Novela Negra* (Ed. Artgerust, Madrid) y *Desde el pago Hernandiano* (Editorial Márgenes azules, Pehuajó). Desde el 2014 ha participado con sus textos en las revistas *Sapo* (Chile), *Ciudad Gótica* y *El Corán y el Termotanque* (Rosario). En 2016 fue seleccionada para participar en la antología *Alma en el Aire* (iniciativa a cargo del Concejo Municipal de Rosario) y en el 2017 para formar parte de *La Antología de la Calle Inclinada*.



Estaba aburrida y decidí inventar la máquina de la resurrección. No fue una gran proeza, ya que la maqueta la encontré en Internet, en una página del tipo “Hágalo usted mismo”. Nadie había difundido la noticia de la existencia de tal aparato, supongo que dudaron de su don real. Pero yo me arriesgué, conseguí piecita por pieza en la ferretería y esperé al jueves, porque para el martes estaba anunciado mal tiempo. No quería tener todo mojado y correr el riesgo de que se me oxide el aparato. Eso ya me había pasado cuando armé aquella mesa y me la olvidé dos noches a la intemperie sin pasarle barniz.

Los del pronóstico acertaron, el martes llovió, pero el jueves amaneció soleado y seco, ideal para la construcción. Soy muy meticulosa con los detalles, así que me llevó cuatro horas y media el armado en lugar de las 3 horas sugeridas, pero ahí estaba la cosa en todo su esplendor. Verde y ovalada, parecía un ibuprofeno de acción rápida, un bocado dadaísta.

41

Ahora había que probarla, así que seguí el protocolo para programarla y experimentar el funcionamiento. Mi día podía desembocar en la victoria o en un fracaso absoluto. No tenía mascota, así que lo único vivo y con movimiento que encontré en el patio, fue un caracol que se arrastraba decidido (pero lento) hacia mi único malvón florecido.

–¡Vengapacá! –sentencié, y lo ahorqué hasta que murió.

Usted dirá que es imposible ahorcar a un caracol, pero eso es porque nunca probó. Como verá, yo llevo todos los asuntos a la práctica y puedo asegurarle que es factible. Además el bicho es todo cuello ¿no lo encuentra cada vez más lógico?

Asesinado, laxo y baboso, el caracol fue depositado en la cápsula. Después había que esperar unos minutos que me parecieron interminables. Cuando sonó el ruido del timer, abrí la puerta y me encontré al caracol vivo que se arrastraba por el fondo de la máquina sin ningún tipo de commoción aparente. La primera prueba había sido un éxito y me inyectó el entusiasmo necesario como para seguir adelante.

Ahora era mi turno. Resultaba irónico el hecho de que lo más difícil del acto en sí, fuera concatenar mi suicidio con el paso posterior, que era apretar el botón para activar el proceso de resurrección. Era imposible llevar adelante el segundo paso sin la ayuda de otro, pero tendría que encontrar la forma. Así que me enfoqué en automatizar la máquina para que se activara sola a los dos minutos de mi muerte.

Un tiro bastó, y créame, al rato ya estaba resucitada. Fue una desilusión no encontrar nada revelador entre estar viva, morirme y estar viva de nuevo. Sólo había sentido al despertar mucha hambre, así que después de almorzar (o cenar, no tenía muy presente la hora), me dispuse a intentarlo de nuevo. Al otro día no trabajaba, así que

podía acostarme tarde sin resacas posteriores. Lo intenté una vez más, y lo mismo. Esta vez no comí. Pensé si sería abuso insistir una tercera.

Estaba obsesionada con querer atrapar algo del más allá que no había podido captar hasta ahora. Me pregunté ¿por qué parar? ¿No le había ganado a Dios al competir en eso de la vida y la muerte? Incluso ahora jugaba de su reemplazo, si quería. Y sí, quería, así que lo intenté una tercera vez y una cuarta. Para la quinta, el ritual había perdido la emoción del estreno. El viaje se empezó a transformar en una rutina casi tan predecible como seguir un manual, pero me daba celos lo de la luz blanca y el vislumbre de maravillas que relataban quienes habían vuelto de la muerte por pura magia. O mejor dicho por acción del otro de arriba, de ese Dios que ahora me negaba lo gustoso de la experiencia.

-No me vas a ganar -dije, y lo intenté una quinta y una sexta vez.

La séptima fue de puro orgullo, porque la verdad es que hubiera preferido sentarme a ver qué daban en televisión, que seguir con esto de resucitar por gusto.

Pero de golpe cambió todo, porque en esta oportunidad no volví. Frente a mí se abrió el túnel de luz y había comenzado a emocionarme, hasta que percibí que no empezaba la vuelta atrás, sino que iba como en cinta transportadora hacia adelante, irrevocablemente.

Y llegué al cielo del otro, a ese cielo del Dios que había logrado ignorarme, hasta ahora. Recién entonces todo se hizo claro y la verdad vino a mí como una cachetada. Estaba en el cielo de los felinos. Yo era un gato que se había olvidado de que cuando nacés te dan siete vidas para gastarlas como quieras, con la condición de que no juegues a competirle al patrón.

Dios mismo se presentó en persona (o en divinidad) para patearme como una pelota hacia el purgatorio, como corresponde a un gato callejero al que se le da por auto asignarse atributos celestiales. Y Dios estaba enojado, pero sonreía, porque esta historia había sido una buena película para mirar desde arriba, donde sólo llega la señal del canal de las plegarias.

ACTIVIDADES



Prof. Valeria Castillo



Nació en Rosario en 1982. Es Profesora en Letras graduada de la Universidad Nacional de Rosario. Se desempeña como docente en el nivel medio y en la enseñanza media para adultos. Desde hace 8 años coordina programas de formación y cursos de capacitación para la inserción laboral.

45



¿Por qué este cuento?

Porque vuelve accesible la torsión experimentada por el género. Porque en el relato de Florencia Moscato ese otro mundo fuera de la lógica y de las leyes naturales, que caracteriza al fantástico, se escurre por los muros de la realidad desde el inicio. Filtración que, lejos de degradar los cimientos del mundo, amplía nuestra percepción.

Porque *Deus ex machina* corre el velo, obligándonos a hacernos cargo, como lectores, de resignificar y de experimentar una nueva perspectiva, motivados por las reflexiones que del cuestionamiento de la existencia y del tópico del mundo como teatro se desprenden.

Destinatario

Alumnos de primero y segundo año de escuelas secundarias.

Conocimientos necesarios para desarrollar las actividades

> Definición y estructura del cuento > Caracterización del realismo > Características del cuento fantástico tradicional > Intencionalidad, trama y paratexto

Propuesta de trabajo

Tras la lectura grupal del cuento, reúnanse en pequeños grupos y resuelvan las siguientes consignas. Como subtítulo de cada punto, figura la intencionalidad y la trama a trabajar en cada caso:

A/ El título y el cuento

Intencionalidad y trama explicativa-expositiva.

“Deus ex machina” es una expresión latina que significa “Dios desde la máquina” y que hace referencia al procedimiento por el cual una grúa (machina) facilitaba la incorporación, desde fuera del escenario, de un actor que interpretaba a una deidad (deus) para resolver una situación o dar un giro a la trama, tanto en el teatro griego como en el romano.

1. ¿Qué relación pueden establecer entre el título y la resolución del cuento? Escriban un breve texto que dé cuenta de su respuesta.

B/ Fisura en la concepción del mundo

Intencionalidad persuasiva, trama argumentativa.

1. ¿Qué creen que quiso expresar el narrador con la siguiente frase?

“Y Dios estaba enojado, pero sonreía, porque esta historia había sido una buena película para mirar desde arriba, donde sólo llega la señal del canal de las plegarias.”

2. ¿Cómo se caracteriza la imagen de Dios en el relato?
Justifiquen con citas
3. ¿Cómo pueden pensar al mundo según esa visión?

C/ El hecho que desencadena la acción

Intencionalidad expresiva, tramas narrativa y descriptiva.

1. A partir de las siguientes preguntas, imaginen y escriban una página del diario íntimo de la protagonista del relato.
 - ¿Por qué decide la protagonista realizar semejante emprendimiento?
 - ¿Qué ansía conocer a través de esta experiencia?
 - ¿Por qué piensan que no se conforma con un único intento?

47

D/ La aparición de la segunda realidad

Paratexto

1. Construyan una línea de tiempo en la que expongan la secuencia de sucesos “fantásticos”.

E/ El protagonista

Intencionalidad expositiva – explicativa, trama descriptiva.

1. Reconozcan en el relato aquellas marcas que nos permitan reconstruir la imagen de la protagonista y elaboren una descripción de la misma.

F/ La pérdida del equilibrio

Intencionalidad expositiva – explicativa, trama conversacional.

Si pensamos que el género fantástico provoca incertidumbre, vacilación:

1. ¿cuáles son las dudas que les surgen a partir de la lectura?
2. Realicen una entrevista imaginaria a la protagonista del relato en la que planteen al menos cinco interrogantes con sus respectivas respuestas.

G/ Más que palabras

Intencionalidad persuasiva, trama argumentativa. Paratexto.

1. Dibujen un croquis de la “máquina de la resurrección” y escriban un breve texto publicitario para lanzarla al mercado.

48

H/ Prácticas de escritura

Intencionalidad prescriptiva, trama descriptiva.

1. Describan cómo creen que es “el protocolo para programarla (máquina) y experimentar el funcionamiento” que dice la protagonista haber seguido.

Sugerencia: además de escribir las indicaciones, pueden tomar el modelo de los tutoriales de youtube y grabar el suyo para compartir con la clase.

Intencionalidad estética, trama narrativa.

2. Rescriban el final del relato a partir del décimo párrafo manteniendo su inicio:

“Pero de golpe cambió todo...”





LA REENCARNADA

(en *Siempre caigo en los mismos errores*,
Palabrava, Santa Fe, 2016)

Patricia Suárez

Nació en Rosario en 1969. Es dramaturga y narradora. Como dramaturga escribió *Valhala* realizada en el Teatro del Ángel en el 2003; la trilogía *Las polacas*, compuesta por *Historias tártaras*, *Casamentera* (Premio Fondo Nacional de las Artes 2001) y *La Varsovia* (Premio Instituto Nacional de Teatro 2001). Recibió múltiples premios por sus obras narrativas y teatrales entre los que se destacan el Premio Argentores a la Producción 2005, el primer premio de Obras de Teatro 2007 del INT y el I Premio Latinoamericano Argentores en 2011. Obras suyas fueron representadas en el extranjero como *La rosa mística* en el Proyecto Padre, del Teatro San Martín de Caracas, de la mano de Gustavo Ott (2009), *Disparos por Amor* dirigida por Jorge Cassino en Madrid (2010) y *La en-gañifa*, espectáculo de Marta Monzón basado en *Las Polacas*, en La Paz, Bolivia, en 2011, entre otras.



Primero se quejan porque no hablo. Me tratan de estúpida, de atrasada. Después se quejan porque hablo. Estupideces dicen que hablo, que estoy loca. No me lo dicen de frente sino entre ellos. Se echan la culpa uno al otro porque soy loca, enferma. Hablan de un abuelo que reventó solo en las montañas abandonado de todos, porque nadie lo aguantaba; que yo soy de su estirpe, aseguran. Un perdedor total, un viejo imbécil, tenía la sangre podrida. Ella propone ver un profesional, un psiquiatra. Él dice que mejor un brujo. No se ponen de acuerdo; ella se lamenta de no tener otros hijos, él agradece a Dios y los santos no tener más hijos que yo. Él tiene mejor carácter que ella, pero menos paciencia. Amenaza con que si sigo con el mismo cantito, me meterá un tortazo tal que me va a dejar la cabeza mirando para el otro lado. Ella es dulce y recurre a otras técnicas, la del soborno: ¿quiero frutilla con crema? ¿quiero natilla? ¿quiero el Piglet que gruñe *oinkoink* si se le aprieta la colita? ¿o la muñequita que ríe y hace pis?; solo si dejo de hablar esas pavaditas, esas idioteces. Tengo nueve años, me llamo Melisa Pérez; hace cinco que empecé a hablar y desde entonces que sé que soy Aurora M. Barragán, que vivía en Baviera y se murió, dejando a su marido solo y a un hijito.

La M no sé de qué nombre es, creo que de María. El pueblo se llama Baviera pero queda en Argentina y el marido es sastre y tiene buen corazón. El hijito está en sexto grado, aunque le cuesta sumar

y restar. No como sal ni azúcar, porque mi familia la de veras no come sal ni azúcar, a pesar de que hay una plantación en la zona y una salina. Todo eso sé y ellos me quieren hacer callar la boca, porque somos cristianos, dicen, y no creemos en la reencarnación, y si nos apuran, la verdad es que no creemos en nada. La M es de María o de Mariana y Barragán va con b larga.

Ellos vienen bien vestidos a ver el profesional. Una vez me llevaron a catequesis con la misma ropa, para ver si hacía el curso para la primera comunión. Al final no la tomé, porque los curas pedían mucha plata por el curso. Los curas son unos endemoniados y unos degenerados, dijo él. Hasta les gritó que las iglesias se les quedan vacías de puro angurrientos que son, que se comen el oro a manos llenas; por eso ahora la gente se va y se hace evangélica. El mundo entero será evangélico en el futuro, porque los pastores son otra cosa, lo tratan a uno como gente. Ella le dijo que era una vergüenza que le hubiera gritado esas cosas a los curas y que tenía unos ahorritos y con eso me mandaría a hacer el curso. Pero no me mandó nunca.

El profesional me hace hacer dibujitos. Los tests, se llaman así. Un árbol, una casa, tu papá, tu mamá. Picho, que era el perro que se nos escapó y lo atropelló un camión. Las iniciales de mi nombre. A. B. El tipo me insiste.

Le digo que ella no es mi verdadera madre.

Le digo que mi esposo se llama José Barragán,

que tiene una tiendita de tejidos y además cose pantalones. Le cuento que tengo un hijo, Juliancito, que tiene once años y es un poco duro del coco para sumar y restar.

El profesional menea la cabeza de un lado a otro y frunce el entrecejo.

Ellos salen y nos quedamos solos.

Primero me dice que yo puedo hablar con él de lo que quiero. Él no va a contárselo a ellos. Es un secreto entre él y yo. ¿Qué me pasa?, pregunta. ¿Quiero su ayuda?

Me tiro al piso y le beso las manos.

Me largo a llorar.

Le pido que me ayude a encontrar a mi familia, mi marido José Barragán y mi hijo. Viven en Baviera, en la calle de la Parroquia 615. Al otro lado está el convento de monjas encerradas y como hubo que tirar la tapia por un problema con la mediañera, ahora nos separan de ellas los naranjos nada más. Cuando morí, mi marido quiso enterrarme en el huerto de naranjas para tenerme cerca, pero a las monjas les dio mucha impresión y le dijeron que si él hacía eso, ellas no volverían a cocer dulce. Es un pueblo pobre, la gente se vuelve muy egoísta.

Me enterraron lejos, en el cementerio arriba del monte.

Como no hay flores por ahí, excepto las del pimiento silvestre, me deben poner piedras.

El profesional dice dónde leí sobre la reencarnación.

Hace poco leí libros sobre eso, antes no sabía nada.

Pregunta si yo puedo saber qué era él antes de esta vida.

No tengo la menor idea qué era antes el tipo este. Pero sí sé lo que será después, casi con toda seguridad. Un animalito, una alimaña. Una lagartija, un sapo, un alacrán, una araña pollito. Seguro que no vuelve a ocupar un cuerpo humano que es lo más sagrado que hay en la rueda del karma, mancillándolo como lo está haciendo.

Le suben los colores a la cara. Me dice que si sigo hablando de todo esto, del delirio, me manda a una institución sin chistar. Una que tenga barrotes, como una cárcel. Donde no voy a ver más a mis padres los de esta vida y adonde ni siquiera se puede ver el cielo por un cuadradito en el techo. Me voy a pudrir ahí entre unos locos asquerosos que se hacen las necesidades encima.

Me pregunta si entendí.

Asiento.

Cuando salgo del consultorio, ella me abraza, él me mira con desconfianza primero a mí y después al tipo. El tipo dice que el tratamiento será largo, porque estoy muy afectada. No puede curarme en una sesión pero algo ha logrado conmigo, dice. Cuando está por sacar la billetera, el tipo me pide que diga en voz alta quién soy. Lo digo en voz baja, me pide que hable más alto. Lo digo: Aurora M. Barragán, la esposa de don José, el sastre. Vivo

en Baviera, en la calle de la Parroquia. Tengo un hijo que se llama Juliancito. Debo tener otro hijo también, que es el que me quitó la vida y me envió derecho a esta nueva existencia, con ellos. Él dice que los hijos siempre le roban la vida a los padres, le pega una trompada en la nariz al profesional y salimos. El profesional dice que nos va a denunciar a la comisaría y al Colegio de Psicólogos.

Él le dice que se cuide mejor de que antes no lo denunciemos nosotros por charlatán y aventurero. Después me alza y me lleva en brazos hasta la salida del hospital, a paso rápido. Vos quedate tranquila, nena, me dice, que mientras yo esté nada peor que yo te puede pasar. Él tiene estas cosas, es una bestia, pero a veces me hace reír.

Cuando llegan, pelean. Pasan los días y siguen peleando. Ella dice de hacer más hijos y él le dice que antes muerto, que ella hace hijos que más parecen ostras, peces espadas y bichos extraños del mar que personas humanas. Ella dice que o los hace con él o se pone a hacer hijos con otros y él le da un sopapo por sinvergüenza y mala mujer. Después ella dice que se irá de la casa a lo de la abuela por un tiempo y nos dejará a los dos, a mí con el asunto del marido perdido y las vidas pasadas, y a él con la bebida y el despido del trabajo. Una familia no vive de un seguro de despido, en una familia un hombre sale a la calle y se rompe los cuernos hasta que encuentra trabajo. Él le dice que haga la valija y se vaya. Él le grita que es una mala madre,

que tiene la entraña de hiel. Ella se va por la mañana y él le advierte que no vaya a volver por la tarde porque cambiará la cerradura y la llave, para que no vuelva a entrar. Ella me besa en la frente, llorando. Me empapa de lágrimas, yo me seco sus lágrimas con el flequillo y me voy a jugar.

Así que él trae a uno de los locos que saltan en la plaza y agitan una latita. Tiene la cabeza rapada y una túnica naranja. Él me dice que le cuente al loco todo lo que yo ando diciendo y el loco nos habla del camino recto y las verdades de Buddha. Él le dice que todas esas cosas lo dejan frío, que Buddha no le dice nada. El loco le indica que viajemos a Baviera, un pueblo de Tucumán. El loco lo sabe porque antes de hacerse hare krishna era universitario y aprendió muchas cosas. Después le vino el dolor en el alma de toda la droga que se metió en el cuerpo y se hizo hare krishna y predica las verdades del camino recto, que no entendimos bien cuáles son, porque el hare krishna las gritaba agitando la latita. Sabe que Baviera está en Tucumán, en el norte, porque lo leyó en los libros de geografía y porque era parte del camino que él hacía cuando traficaba la coca; así dice el loco. En Tucumán seguro hallamos a don José Barragán, el que es mi marido y entonces yo me convertiré en la prueba viviente de la verdad de la reencarnación. Él le pregunta si se puede sacar plata con eso y el hare krishna no responde. Él le entrega una tortilla de papas babosa y un pedazo de chorizo colorado, pero el loco dice

que no come carne ni huevo ni nada que venga de un ser vivo porque es budista y hare krishna, y que tampoco come fritos porque eso le patea el hígado que lo tiene muy mal de la época en que era drogadicto.

Él la llama a ella y le dice que vuelva, que nos vamos al norte a ver qué hay de cierto. Ella lo manda al carajo por vago y borracho. Culpa de él la siguiente rancia. Ella no reencarna como ser humano la próxima, estoy segura, ni siquiera pajarito o pecicito de color. Ella se viene buitre, lagarto, víbora venenosa, tiburón. Ella madre de seres humanos no vuelve a ser seguro.

Yo estoy muy contenta y bailo dando vueltas y agitando el chinchín y la latita que me dejó el hare krishna. Él viene y me dice que me calle de una vez o me mete una patada en el culo tal que a Baviera llegó volando.

El viaje lo hacemos todo de noche. Llevamos de comer pero no nos alcanza y por eso cuando el colectivo para, compramos lo que venden a la vera del camino, sandía o tortilla santiagueña, de esa que se hace con harina, grasa y sal y se echa en la parrilla para que arda. Él pide caña en los paradores y cuando subimos otra vez, medio se tambalea y se me duerme encima. Yo me hice un peinado con trenzas para encontrarme con mi marido y mi hijito y él me lo arruina. Cuando le digo que se aparte, que huele mal, medio que lloriquea y pregunta qué habrá hecho mal. No es una pregunta

en serio, eso me lo tengo aprendido. Porque si le largo acá la lista de todas las cosas malas que hizo y yo sé, me mete un tortazo de aquellos y me hace escupir los dientes.

Al amanecer llegamos a San Miguel y no salimos a pasear ni a conocer. No venimos a hacer turismo; venimos a buscar a mi familia. Así que esperamos como tres horas en la estación hasta que un alma buena dice que nos arrima al pueblo, a Baviera. Yo tengo retorcijones en la panza; él me dice que me calme y como no sea cierto aquello de lo que le hablo, cuando volvamos a Buenos Aires me da una paliza de esas para recordar. Lo que tiene de bueno él, es que es más lo que amenaza que lo que cumple. Si no, yo viviría rota y descalabrada, la mitad del tiempo en la sala de traumatología del hospital. No estoy segura de que se llame traumatología el lugar adonde en el hospital atienden a los que molieron a golpes.

El alma buena nos abandona en campo abierto y tenemos que caminar siempre derecho, siempre adelante, indicó. Aquicito nomás, dijo el alma buena, pero son como ocho kilómetros de descampado. En el horizonte hay cactus y una vez nos revolteó un carancho. Él dijo que si el carancho se le ponía a tiro, lo bajaba de una pedrada. Yo le dije que mejor lo dejé vivir porque a lo mejor después regresa hecho una persona y nos lo encontramos en la próxima vida lleno de reproches porque lo matamos en esta. Él me ordenó que caminara rá-

pido, mirando el suelo, delante de él y sin decir ni mu. Si podía, dijo, que me callara de respirar. Él es bruto cuando habla, y si no fuera porque es muy malo, a veces hasta pensaría que es bueno. Pero no me dejó convencer; cuando alguien me da pena, enseguida creo que es bueno y al final resulta que es una porquería. El hare krishna dijo que la piedad es el mayor bien en el mundo y que la crueldad es lo que hace que una persona más o menos se convierta en una persona mala. Lo de la crueldad no se lo discuto, pero lo de la piedad... yo no estoy tan segura.

El pueblo es feísimo, enseguida lo reconozco. Están las piedras rotas de la entrada, y los espinillos que se tuercen. Él dice que le muestre mis dotes, que le señale donde hay un almacén, una fonda donde echarse un trago al buche. Le digo de seguir hasta el convento, donde las monjas hacen el dulce de naranja y un licorcito amargo destilado con cáscaras. Me sigue, me sigue andando detrás. Así que de pronto veo la casita. Tiene el farolito que yo tallé, y la misma Virgencita del Carmen pintada junto a la puerta. Le digo que esa es mi casa; él me dice que vaya y toque a ver qué pasa. Se pone detrás de mí, muy cerca. Apoya su mano en mi hombro, como si tuviera miedo de que yo me caiga para atrás. Hago toctoc y sale un chico. Es más alto que yo y flaco y esmirriado, pero yo sé que es mi hijo Juliancito. Lo abrazo bien fuerte y él se echa a llorar. Me abraza también y llora. Le pregunto si está

solo y él me dice que con Catalino. Catalino viene apurado a ver qué pasa, mirando raro. Tiene los ojos zarcos y la cara chupada, de pasar hambre. Ahí me doy cuenta que es mi otro hijito, ése por el que me morí cuando él nacía. Grito de la alegría, Catalinito, soy tu mamá; no te reconocí porque nunca te había visto, pero ahora que te vi una vez, no te voy a olvidar nunca. Qué hijo tan lindo tengo, le dije, qué hijos tan buenos. Catalino me mira torvo, como un perro guardián que duda entre gruñir o menear el rabo. Les pregunto a dónde está José, mi marido; contestan que fue a entregar un encargo al sacristán aquí al lado y que vuelve enseguida. Qué alegrón se va a llevar cuando te vea, dice Juliancito, estuve tanto tiempo esperando a que volvieras. Pero eso no se podía decir, dice Juliancito que le dice el padre, porque si uno desea a cada rato que los muertos vuelvan, no se los deja descansar. Así que yo desear lo deseaba igual, pero calladito, dice mi hijo Julián, deseaba para adentro, me comía el deseo. Me hacen pasar los dos, y él viene a unos pasos tanteando las paredes para no caerse aunque no está borracho. Aquí en Baviera no ha tomado nada, ni una gota. Está pálido del susto. La casa está limpia y hay cortinas con voladitos y un mantel de plástico verde sobre la mesa. Alguna monja hace caridad y los ayuda, pienso. Sigue igual el rinconcito bajo la escalera donde está mi máquina de coser, entonces yo digo: acá es donde puse el dinero. Levanto la máquina y en el cajón escondido donde guardo los

carreteles de hilo, hay diez mil pesos. Pero no son los billetes de ahora, sino que se ven distintos. Debe ser porque es plata vieja, de hace diez años por lo menos. El hijo chico me mira y pregunta si somos ladrones, y él le contesta que venimos de muy lejos. Mi hijo chico, que es muy inteligente y me hace reír también, dice qué tiene que ver, o resulta ahora que los ladrones tienen que vivir cerca de uno. Catalino tiene un pico un poco largo, porque si yo llego a decir algo así a un extraño delante de él, por ejemplo, ligo ahí mismo un cachetazo. Pero aquí es distinto porque la casa de José no es una escuela de golpes y cada uno puede decir en voz alta lo que opina. Mi hijo mayor le dice a Catalino que mejor vaya, que corra, corra y vaya a buscar al padre así entendemos este entuerto. Catalino le responde al otro que si quiere que corra que le compre patines o una bicicleta, porque él por la calle camina y anda como un hombre hecho y derecho.

Qué lindo pico tiene mi hijo Catalino.

Al rato veo venir a José corriendo y alzando los brazos como quien grita ¡fuego, fuego! Renguea de la pierna derecha todavía, se ve que no se la pudo tratar: sigue con el zapatón de hierro. Es un terco, nunca va al médico cuando debe. Cierro los ojos y lo veo todavía en el baile de Engracia, me dice cómo voy a animarme yo a bailar con un rengo, que de tan chiquito se quedó padeciendo del pie... pero yo lo tomo entre mis brazos y apoyo mi cabeza en su pecho, que antes era muy menuda para

ser mujer, más baja que él que ya es muy bajito. La canción dice cultivo una rosa blanca/ en junio como en enero... y damos vueltas, despacito. Qué lindo baila José aquella noche, él suspira: señorita Mediavilla, señorita Mediavilla... que de ahí es la M de Aurora M. Barragán. Después José y yo nos hacemos novios enseguida, me dicen que no me case con un sastre que es un pobretón y me va a hacer pasar miseria; pero lo vi tan sincero con su sombrero entre las manos y diciendo que me servirá siempre, siempre será mi siervo y mi perro fiel y si no lo acepto penará de amor y fastidiará a todo el pueblo contándole su pena... Bien rápido lo quiero y en la primavera nos casamos, el vestido lo cose él y el tul lo mando a pedir a San Salvador. Qué linda noche la noche de bodas, cómo sudaba José del miedo. Ahí le vi por primera vez el pie derecho, chiquito, como de niño. Qué lindo: verle el pie y enamorarme por todo lo eterno fue una sola cosa. Qué bonito el pie deformadito de mi marido; en la próxima vida él no será un hombre cualquiera, será un ángel, un arcángel, un querubín del cielo de esos pintados en los altos techos de las iglesias.

Lo tengo frente a mí, pero me mira sólo un instante. Después fija los ojos en él y le escupe quién es usted. Él dice el padre de la niña, y que venimos de lejos, de la Capital, porque se le metió que es la esposa de usted, la difunta que perdió cuando le dio el hijo chico. José lo mira fiero, como si lo quisiera matar. Él es dos cabezas más alto, así que no

creo que José se le anime, aparte es el único sostén de la casa, bueno estaría que se pegara con él y saliera roto o muerto. Porque si él se muere, ¿quién alimentará a los hijos?, y ¿cómo él y yo nos reencontraremos después? José le dice que me saque de ahí, antes de que nos saque él a la rastra. Yo nomás quiero que él me mire con sus ojos con cristalitos amarillos, así me reconoce. Le pongo una mano en el hombro, y José le grita a él que aparte a la niña, que no lo enfurezca. Le digo que soy Aurora, cuando morí caí en el cuerpo de una chiquita, en Buenos Aires, la única hija de Juan Pablo y Stella Pérez, tuve mala suerte, le explico, porque hubiera podido volverme hija del cura picaflor de San Andrés y entonces estaríamos cerca. Pero también fue buena suerte porque hubiera podido nacer en la China o más lejos, en esas islas perdidas del mapamundi y nunca hubiéramos vuelto a vernos. Le dice a él que no responde de sus acciones si no nos vamos. Él dice que como me toque un pelo con violencia, lo mata ahí mismo. José le grita que vinimos a jugar con su sufrimiento, que esta es la revancha que se toma Celeste, una comadre de antes, porque él no la tomó a Celeste sino que se casó con Liboria, la partera, cuando murió la difunta. Así que mejor nos vamos por donde vinimos, nos indica, y le digamos a esa zanguanga de Celeste que a él nunca le gustaron las mujeres metidas y chuecas, que para rengón ya está él y si algo bueno hizo la difunta, fue darle dos chiquitos con los pies bien formados y con la

altura conveniente. Se juntó con la Liboria porque no es pretenciosa y es buena, ya se le arrimaba cuando la difunta vivía, pero él nunca la tocó ni le hizo caso, por no hacer pecado. Ahora la Liboria está en Susque, la llamaron para un parto. Si no, estaría aquí mismo y nos correría con la escoba, dice. A escobazos limpios nos quitaría la locura

José, lo llamo bajito, y él me mira directo a los ojos, lleno de refucilos y creo que algo de él distingue quién soy yo y está feliz de haberme enterrado. Llévese esta niña, le dice a él, a que la atienda un cura o un médico si es como usted dice y no fue que lo mandó la Celeste.

Él me aprieta el hombro hasta hacerme doler y yo abrazo a mi hijito; lloramos los dos. El que es mi marido no me mira, parece que es feliz con Liboria, la que me asistió en el parto del hijito chico y ya le hacía caricias a José, a escondidas. Al final, él habrá respondido las caricias, de eso las esposas se ve que no se enteran ni después de muertas. El bebé venía de nalgas, decía ella, era un parto muy difícil y al final me morí, para qué lamentarse si todos vamos por el mismo camino. Pero por un hombre, un viejo jorobado y rengo como José, tacaño, con el carácter podrido, de quien yo me enamoré porque estoy loca como una chiva, ¡por él, venir a matarme a mí!

Ese, mi marido, agarra unas piedritas del altar de la Virgen del Carmen que yo levanté cuando vivía y nos las tira. Cuando se terminan las piedras del al-

tar, busca unas en la puerta y sigue tirando, alegre como si practicara un deporte. Catalino lo acompaña, nos tira piedras también, para que nos vayamos rápido. Mi hijo chico tiene la mano larga.

Él me dice que no mire para atrás, no vaya a pegarme un piedrazo de los vándalos, me abra una ceja y tengamos que correr a la enfermería a que me pongan un punto. Acá la gente se cura sola o se muere: esto es pleno desierto y quebradas. Vamos a una fonda y después buscamos quién tenga un sulky y nos regrese a San Miguel, dice. Le pregunto si está muy enojado, si me va a dar una paliza, si me va pegar, y él dice que no y ya me parece un milagro. Lo único que le pasa es que tiene sed y le palpita el corazón muy fuerte; seguro hay un sentimiento pernicioso que lo daña, dice. Viste, me pregunta, ¿cómo lloraba el chico más grande?; era una cosa que partía el alma en pedazos de verlo. Le digo que no me hable más de mis hijos ni del asqueroso traidor de José. Él asiente y se queja porque no trajimos sombreros y el sol pega muy fuerte en la cabeza. A uno se le ocurren muchas cosas idiotas cuando se insola, dice él. Y que empiece a decirle papá, me ordena con voz gruesa, que no se me olvide. Papá, porque si no empiezo a decirle así de una buena vez, me amenaza, ahí sí que pierde la paciencia y me surte a castañazos. Asiento, asiento; qué puedo hacer, qué remedio tengo.



ACTIVIDADES

Prof. Cecilia Muñoz



Nació en la ciudad de Rosario el 23 de enero de 1983. Es Profesora en Letras graduada de la Universidad Nacional de Rosario. Desde entonces, se dedica con pasión a la docencia (tanto formal como no formal). Escribe poesía y cuentos. Actualmente se desempeña como profesora en el Colegio Dante Alighieri de Rosario, coordina un Taller Literario del nivel primario en el Colegio Español de Rosario y grupos de talleres literarios para adultos.



Introducción

Desde siempre, la ficción permite explorar múltiples interrogantes acerca de los alcances y límites de lo que conocemos como “normalidad”. El género fantástico, particularmente, presenta personajes que son vistos por la sociedad como diferentes, raros, y muchas veces sus comportamientos atípicos despiertan sentimientos de lo más variados.

“Estúpida”, “atrasada”, “loca”, “enferma”, son los adjetivos que se utilizan para calificar a Melisa Pérez, una nena de nueve años que asegura ser la reencarnación de Aurora M. Barragán, una mujer que murió hace años en un pueblo del norte del país, mientras paría a su segundo hijo.

Mientras los padres debaten si llevarla a un profesional o a un brujo, Melisa (o Aurora) narra su historia de una forma perturbadora. Entre lo real y lo fantástico, lo racional y lo irracional, la ciencia y la superstición, el cuento propone diferentes explicaciones frente a un posible caso de reencarnación, provocando el efecto de incertidumbre propio del género fantástico.

Destinatario

Alumnos de tercero, cuarto y quinto año de escuelas secundarias.

A/ Antes de la lectura

1. Entre todos, conversar acerca de qué les sugiere el título, ¿qué saben sobre la reencarnación?
2. Buscar en el diccionario o en internet la definición de “reencarnación”. Investigar: ¿Qué religiones/culturas creen en ella? ¿Qué postulan? ¿Qué concepción de la muerte tienen?
3. Revisar las características propias del género fantástico, según la siguiente definición de Tzvetan Todorov: “Lo fantástico es la vacilación experimentada por un ser que no conoce más que las leyes naturales, frente a un acontecimiento aparentemente sobrenatural”¹.

B/ Después de la lectura

1. Determinar qué tipo de narrador es el que enumera, qué rasgos se destacan de la protagonista, dónde

1 Todorov, Tzvetan (2000). *Introducción a la literatura fantástica*. trad. Gandolfo, E. Buenos Aires: Paidós.

transcurre la acción, qué otros personajes intervienen en el relato y cómo son caracterizados.

2. Reflexionar acerca del uso del narrador en primera persona: ¿Qué efecto provoca en el lector? ¿Qué aporta a la construcción del personaje principal?
3. Identificar los elementos propios del género fantástico presentes en el relato.
4. Responder a las siguientes preguntas: ¿Qué hay de posible en el cuento? ¿Qué de imposible?
5. Relacionar las respuestas del ítem anterior con el concepto de *verosímil*.
6. En el cuento hay dos personajes que presentan discursos enfrentados: el médico y el “loco de la plaza”. ¿De qué modo se enfrentan sus discursos?

C/ Propuestas de producción

1. Proponer la escritura en tercera persona de una nueva versión del cuento, con un final *realista*.
2. Todos en algún momento de la vida nos hemos hecho la siguiente pregunta: si fuera un animal, ¿qué animal me gustaría ser?, ¿por qué? Imaginá que te has reencarnado en ese animal, ¿cómo te sentirías al respecto?, ¿con qué obstáculos te enfrentarías?, ¿cómo los superarías? Ahora, escribí un cuento en primera persona en el cual relates la peripecia de un personaje que se ha reencarnado en un animal.

69



D/ Relaciones con otros formatos/sopores

Proponer la visualización de la película
“Pequeño Buda” (1993)

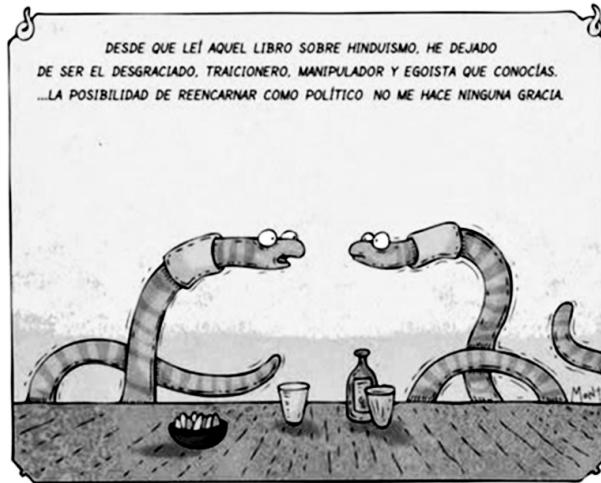
1. Indagar el concepto de *relatividad cultural*.
2. Reflexionar y responder a partir de la siguiente frase

de la película: "Creemos que todo el mundo renace, una y otra vez". Desde la perspectiva del budismo tibetano, ¿el cuento "La reencarnada" es fantástico? Justificar la respuesta teniendo en cuenta los conceptos de *relatividad cultural, género fantástico y verosímil*.

3. Comparar las diferentes reacciones de los padres en la película y en el cuento.

E/ Humor gráfico

Observar la siguiente viñeta y debatir en grupos:



70

1. ¿Qué características propias tienen los gusanos y las serpientes/víboras? ¿En qué situaciones se califica como tales a una persona?
2. ¿Qué calificativos suelen atribuirse a la imagen del político en nuestra sociedad?
3. ¿Dónde reside el humor de la viñeta?

EL MIMO

(en revista *En voz alta*, N° 3, 2007)

Daniel Basilio

Nació en Rosario en 1986. Licenciado en Comunicación Social, escritor, guionista, actor y director audiovisual. Participó en las revistas *En Voz Alta*, *Femme Fetal*, *La trama de la comunicación*. En 2015 sale su primer libro, *La noche se presta para pegarle a un viejo* (Casagrande) y en 2016 el comic *El Ciclo de Cornelio Gris* (Videodromo). Es director de la serie *Clínica de Payasos Mentales* y ha formado parte de diversos colectivos creativos, como la murga de estilo uruguayo *Los Vecinos Re Contentos*, así también como de programas televisivos y radiales.



*“(...) el odioso Jano bifronte, que mira los ocasos y
las auroras daba horror a mi entresueño y mi vigilia.
(...) Llegué a abominar de mi cuerpo, llegué a sentir
que dos ojos, dos manos,
dos pulmones, son tan monstruosos como dos caras.”*

Jorge Luis Borges

El sueño, la belleza atemporal y su camino a la cárcel.

Las paredes de la habitación crujen; se abre una grieta. Está sucediendo otra vez. La secuencia *techo - bicicletas - ruedas - techo - ruedas - bicicleta* obnubila mis sentidos y penetra en cada salida de pensamiento que intento practicar. Las imágenes viajan de la una a la otra conducidas por un chilido agudo, metálico, tan sutil como insoportable, que mi experiencia relaciona con el sonido de cuchillas y uñas frotándose en un pizarrón. Ahí está el enorme cerebro humano, justo en el centro de la ciudad; luego viene el mapa, la planta ortogonal y después, en mi mesita de luz, la maqueta a escala. Cuando la costumbre del sonido apacigua mis oídos, las sensaciones se traducen, avanzan hacia las primeras impresiones de la vista: crujen las paredes y una grieta divide el techo en partes desiguales. Un corazón late. Me retuerzo entre las sábanas sin poder cerrar los ojos, cuyos músculos se encuentran hipnotizados por el fenómeno. Una segunda imagen, que compite con la realidad concreta ante mi campo de visión, invade el terreno sin superponerse: se trata de una bicicleta ideal, que surge de lo más hondo de mis pensamientos y que debo repasar mentalmente, pieza a pieza, para comprobar una verdad aterradora: si tiene dos ruedas, es imposible que estén infladas al mismo nivel. Ambas impresiones: la pared quebrada del mundo tangible y la bicicleta de mis pensamientos,

son diametralmente opuestas por unos segundos, hasta que lo real se apodera de la imagen ideal y la imperfección de las paredes se desplaza a la imposibilidad de equilibrio de las gomas. En el departamento de al lado, percibo los bajos y la percusión de un disco de Marcus Miller que escucha la vecina. Una idea intolerable viene a mí: aunque el oído común escuche los instrumentos sincronizados, es probable que no lo estén. Sólo percibimos entre veinte y veinte mil Hertz. El hecho de esa pequeña imperfección existiera y no la percibamos, me vuelve loco.

Y entonces despierto; despertamos. Ella está junto a mí. Sonríe. Una ingenua felicidad nos invade e inmediatamente después, nos encontramos presos en la cruel cárcel de la razón y la memoria.

-¿Otra vez los “días de pared”? -pregunta ella. Asiento con la cabeza y mientras me calzo el jean, le digo que voy a salir a caminar.

Cruzo la avenida en dirección al río y me siento sobre un banco, junto a una escalera que da a un edificio. Una enredadera se extiende sobre la gigantografía de unos labios femeninos, rojos y carnosos, que toman un vaso de leche. Miro el cielo y percibo el artificio. Cuando el sol se oculta la ciudad entra en una artificialidad macabra. Las plazas y avenidas, casi desérticas, los semáforos y el cableado urbano, se convierten en testigos de la irreabilidad de un mundo absurdo. Mi único sentido de libertad se encuentra en la noche, en el cruce de

las plazas, donde las sombras de los árboles en movimiento se reflejan en las luces de los faros. La falsedad del urbanismo, de sus cuadrillas racionales, es liberadora; me vuelvo cómplice, actor pasivo de la noche. Como un detective, creo ver aquello que a los que transitan el día les es negado por su excesivo sentido común. La luz es demasiado brillante con el sol; opaca los detalles, las pistas, la realidad oculta. En la noche, la ciudad se desnuda para aliviarde de sus mecanismos. Es nuestro pacto tácito de mutua aceptación.

Pero no hay terreno que no se vea invadido por las fuerzas del desequilibrio; donde hay orden, siempre habrá disputa, intromisión. En los últimos tiempos, mis noches no son del todo tranquilas, y no precisamente por los “días de pared”, algo que a ésta altura puedo manejar, sino por una presencia perturbadora, una sombra cazadora, casi imperceptible ante los ojos corrientes que se agazapa entre el cemento y camufla entre el cableado para terminar con mis días de paz. Y entonces, mientras imagino que establezco contacto con los labios del cartel, sé lo que va a venir: la brisa, las sombras, el horror. Me levanto y giro sobre mí en todas las direcciones tratando de establecer contacto con la cosa. La cosa, elegante, sutil, ocupa con ligereza cada hueco que dejan mis extremidades y se las arregla para nunca ser vista. Me mantiene girando en círculos, en piruetas imposibles e impidiéndome su encuentro. La cosa, en sí, desaparece dejando

apenas el rastro de su sombra. Me deja humillado, vencido, sin territorio.

Se trata de una fuerza ajena, un intruso que lo contamina todo con sus pretensiones de equilibrio visual. La cosa no habla, no silba, no mantiene contacto directo. Lleva el rostro pintado y una remera a rayas, con tiradores. Algunas culturas lo llaman *Mimo*, una raza subnormal de hombrecitos que hacen del silencio un culto. Mis experiencias con gente de rostro pintado han sido variadas; de pequeño, me atemorizaban los payasos debido a *Pennywise*, el monstruo espacial que devoraba niños. Más adelante, en la pubertad, me fascinaron los discos de Alice Cooper y la película “El Cuervo”. Hasta aquella fría noche otoñal en que lo crucé, nunca había tenido ninguna experiencia definitoria sobre mi gusto hacía ellos. Pero claro, un *Mimo* no es un payaso: no cantará ni intentará seducirme con globos o flores de colores. El *Mimo* hará todo sigilosamente, su rostro se verá grotesco pero jamás podré adivinar sus verdaderas intenciones.

Nuestro primer encuentro nos remonta a mayo. El *Mimo* fingía atar una soga a un semáforo y hacer fuerzas para tumbarlo. Antes de que pudiera cruzar la calle para evadirlo, el *Mimo* ya estaba allí, parado y observándome; luego, como leyendo mis intenciones de ignorarlo, ensanchó el rostro en señal de sorpresa. Desvié la mirada tan rápido como su movimiento llamó mi atención y giré en dirección a la cortada que da al bar, pero una vez más,

él se había anticipado. Ahora un vidrio ficticio nos separaba. Me quedé inmóvil, aterrorizado. Quería salirme de la situación pero mis músculos no respondían; allí estaba yo, paralizado ante aquella mutación perversa, humillado ante su acto de trampear la realidad tangible. El Mimo recorría con sus manos mi rostro y pude sentir el peso de las sombras de cada dedo moldeando mis facciones, reduciéndolas a una simplificación estereotipada. Era una declaración de intenciones. El Mimo desocultaba la debilidad de las formas, las burlaba mientras yo me regodeaba en mi supuesta liberación. Al monstruo binario no le importaba la maquetación de las calles, ni su forma hipodámica; se servía de ellas para teñirlo todo de una ilusoria simetría sostenida en la doble naturaleza de los colores que distinguían su fisonomía. Gobernado por la dualidad, sus pares espejos replicaban el simulado orden dual de las cosas, casi como un signo irrefutable que se imprimía en cada calle, en cada conversación y en todos los rincones de la vida diaria. Y sin embargo había en él algo genuino. La ciudad era el alma y el Mimo la carne, el error, la belleza.

Una pareja que pasaba por allí desvió su atención y mis músculos faciales abandonaron su letanía. Como una secuela inmediata, sentí que una máscara rígida, invisible, persistía en mi rostro, para luego caer sobre la acera.

Llego al bar tal cual estaba previsto, esperando tomar las últimas fuerzas para la definición. Ella me

espera sentada, altiva, con su postura de bailarina estilizada. Sin saludarme dice lo que espero que diga: Es esta noche. Miro hacia los costados, poca gente. Ella toma un *sidecar* y me mira fijo a los ojos.

-Tenés que llevarlo a los límites, romper con la jerarquía -me dice, mientras se reclina y enfoca los ojos con determinación-. Acordáte, el orden que le das a las cosas: primero te sentís mal, por las dudas, y después recordás el por qué, después necesitás un sentido que lo justifique. Es el efecto el que causa la causa.

Miro en la ventana para encontrar una nueva afirmación: el Mimo impasible, finge verme por unos binoculares.

-Es esta noche -repite ella, y como si supiera que ha cumplido su única función en este juego, estira su mano y me da un papelito. Luego, me besa la frente y se retira sin mirar atrás. Espero a que desaparezca tras la puerta, para levantarme yo.

La zona de ubicación del bar desentona bastante del resto de la zona; son apenas dos cuadras de calles angostas y pintorescas que desembocan en una pequeña plaza cerrada sobre sí. Tiene pocos árboles, pero de los grandes; uno de ellos un arbusto con un gran agujero en el cual, de niño, solía esconderme del lobo feroz de turno -casi siempre mi padre-. Más atrás, en el arenero, tres hamacas se mueven siempre al compás del viento. Su rechinar y evidente imposibilidad de equilibrio en sus lados, me recuerda siempre a los “días de pared”.

Hoy la plaza está inusualmente concurrida, y es que, según dicen, un hombre ha empezado a cavar un pozo sin motivo aparente. Hay algo horroroso en el asunto, horroroso y extrañamente familiar. El hombre está solo; las personas a su alrededor no son más que masas amorfas y chillonas que producen un sonido uniforme y carente de sentido.

Pero él es distinto al resto, y lo sabe; yo también lo sé y se da cuenta. Nuestras miradas se cruzan y logro abrirmle camino para sentarme a su lado.

-Creo que encontré algo -me dice al oído-. Encontré algo pero tengo miedo de lo que pueda llegar a ser. Hace dos horas que finjo seguir cavando ¿ves? -dice al tiempo que me muestra una funda forrada en cuero escondida entre la tierra.

A lo lejos, como si estuviese en un plano superior, alejado, con calculado desinterés, el Mimo talla con sus manos algún artefacto, quizás una silla, para sentarse y mirar la escena.

Junto a mí, el hombre desenvuelve la funda y veo un cuerpo percutido, con la cara decrepita, pero que sin embargo es inconfundible: se trata de su mismo cuerpo.

La revelación tiene su efecto inmediato: la gente se desespera, grita y se choca entre sí. Lo previsible ante lo imprevisto. Los de más atrás empujan hacia adelante para saber qué es lo que sucede e impidiendo que los de adelante, incrédulos, puedan moverse. Entre medio de empujones y gritos de horror logro salirme del tumulto. En un último

acto de lucidez, el hombre se tira al pozo y la gente se abalanza sobre él.

Minutos más tarde, me encuentro en la vieja estación de trenes junto al río, del otro lado de los galpones. Un grupo de personas en estado marginal, se amucha alrededor del fuego; otros, cubiertos con ropa y papel de diarios, toman vino. Sobre las paredes de la estación, se ven dibujos de los planos de la ciudad intervenidos con la anatomía de un cerebro humano en aerosol rojo. Más abajo, se leen dos inscripciones: “Muerte a la Ciudad-Concepto” y “Muerte al lenguaje”.

A lo lejos, sentado en un balde y bajo un farol, el hombre con la mitad del rostro en negro, toca el bandoneón. Le enseño el papel que ella me había dado más temprano y se incorpora de inmediato; me hace señas para que lo acompañe. No necesito agachar la cabeza para estar en este lugar; es claro que me aceptaban como uno de los suyos.

Entramos en uno de los galpones y el hombre abre el estuche de cuero para mostrarme lo que hay en su interior. Asiento con la cabeza y en menos de media hora, estoy sentado junto a la gigantografía de los labios carnosos.

El sonido del reloj se hace insoportable pero mantengo la vista en el suelo y el estuche entre los pies. El Mimo está ahora a mi lado, imitando mi pose, complementando el desequilibrio que genera mi brazo derecho estirado desde el centro del banco hacia uno de sus extremos. Yo miro

mi reloj real; él, su reloj imaginario. Yo con la izquierda; él, con la derecha. Sé, entonces, que es el momento.

Me incorporo y avanzo decididamente esperando que el Mimo replique mis acciones. Aunque no emita sonidos vocales, sus zapatos de gamuza me hacen percibirlo sin tener que mantener contacto visual. En nuestra habitual rutina del gato y el ratón, ha medido cada avance para no estar ni tan lejos ni demasiado cerca. Si lentifico mis pasos, él hará lo mismo. Mantendrá la distancia, la forma. En algún punto cercano a mi departamento, siempre abandona la persecución.

Pero hoy no vamos a mi casa; hoy, llegaremos a los límites de la ciudad.

Las veredas desnudas, interminables, de la ciudad racional, se vuelven testigos de una persecución imposible. Durante hora, hora y media, no volteo hacia atrás y los sonidos del urbanismo vivo –los motores, la brisa, el chirrido de la intermitencia de los faros, los huecos de la humedad– van desapareciendo tras nosotros, para dejarnos en los márgenes de la mundanidad.

Llegamos, entonces, al umbral que separa la ciudad en dos: de un lado, la arquitectura vidriada, las luces, los túneles; del otro, las construcciones rudimentarias, los caminos de tierra, los rincones donde no llega la luz.

Una división imaginaria, mental, estratificada. Hasta ahora.

Mis pasos se ralentizan y sus zapatos de gamuza se alinean con mis zapatillas; estamos sobre una pared de ladrillos, quizás la última, y el suelo se reparte entre el hormigón y la tierra. Improviso un giro, sigilosamente, que lo deja entre mi cuerpo de espaldas y la pared. Dejo el estuche en el suelo y saco la máscara de rasgos estereotipados, su obsequio de aquella primera vez. Giro nuevamente para vernos frente a frente; nos separa metro y medio. Tiendo una soga imaginaria, y el Mimo, tembloroso ante mi cambio de actitud, accede tímidamente. Lo atraigo hacia mí y sus zapatos de gamuza resisten sin éxito, tratando de anclarse, primero al suelo de tierra, luego al cemento de la parte urbanizada.

Cuando nuestros rostros se espejan, él nota la máscara pero ya es demasiado tarde. Saco un hilo fino y sin que pueda hacer nada, rompo el vidrio imaginario que nos separa para cortarle la garganta. El Mimo improvisa un grito mudo, fútil, que le es negado por su condición y el aire choca con la carne desgarrada. Su organización simétrica es profanada por el corte, la música del dolor y, en cámara lenta, los tintes armónicos flotan densamente, como pompas acuosas que se seccionan para que el rojo sangre desate el caos líquido y la noche llegue a su último suspiro de oscuridad antes de que salga el sol.

Sentado en la hamaca, después de mucho andar, contemplo el temido amanecer. Un comic se

asoma entre la arena y se me ocurre que quizás dentro de miles de años, otra civilización lo encuentre pensando que esos eran los verdaderos seres que habitaban la tierra o que eran nuestros dioses, así como otras mitologías han alimentado el imaginario colectivo. Un grupo de niños pequeños se aglutina a mí alrededor; debo empezar a mover las manos, preparar el truco, construir la ilusión. No les puedo fallar.

Soy libre, un rato más.



ACTIVIDADES

Prof. Marina Maggi



Nació el 4 de enero de 1988. Se recibió de Licenciada en Letras en 2015 y cursa actualmente el Doctorado en Literatura y Estudios Críticos (UNR). Es becaria de CONICET con el proyecto de investigación titulado “*El lagrimal trifurca como formación cultural. Una vanguardia idiosincrásica en la transición de la década del sesenta al setenta*”. Es Ayudante Auxiliar de la Cátedra de Análisis del texto desde 2014. Desde el 2012 participa de la Comisión Directiva de la Biblioteca Popular “Alfonsina Storni”. Forma parte del Proyecto de Extensión titulado “*El lenguaje, ese desconocido*” de la Cátedra de Análisis del Texto, articulado con la biblioteca antes mencionada.

85



En el umbral de la lectura: el motivo del doble

Antes de comenzar a leer el cuento, les proponemos charlar grupalmente en clase sobre el tema del doble en nuestra cultura. Un famoso texto de Sigmund Freud titulado “Lo ominoso” (1919) aborda este tópico a partir del análisis de un cuento de E. T. A. Hoffmann. Sobre el desarrollo del doble en la literatura, Freud explica:

Nos hallamos así, ante todo, con el tema del «doble» o del «otro yo», en todas sus variaciones y desarrollos, es decir: con la aparición de personas que a causa de su figura igual deben

ser consideradas idénticas; con el acrecentamiento de esta relación mediante la transmisión de los procesos anímicos de una persona a su «doble» -lo que nosotros llamaríamos telepatía-, de modo que uno participa en lo que el otro sabe, piensa y experimenta; con la identificación de una persona con otra, de suerte que pierde el dominio sobre su propio yo y coloca el yo ajeno en lugar del propio, o sea: desdoblamiento del yo, partición del yo, sustitución del yo; finalmente con el constante retorno de lo semejante, con la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, actos criminales, aun de los mismos nombres en varias generaciones sucesivas.

86

Destinatarios

Alumnos de cuarto y quinto año de escuela secundaria.

Tiempo estimado

Cuatro horas cátedra

A/ Guía de interpretación

1. Además de las formas que asume literariamente el tema del doble según este fragmento, ¿se les ocurre algún otro caso o ejemplo? ¿Qué sensación o sentimiento creen que desperta este motivo?
2. Como epígrafe de este cuento encontramos una cita de Jorge Luis Borges. Investigan sobre el dios Jano: ¿quién era? ¿se lo puede relacionar con el tópico del doble? ¿por qué?

B/ Actividades de interpretación

1. Al principio del cuento, el protagonista describe un fenómeno que suele sucederle, al cual su pareja llama “días de pared”. Vuelvan sobre los dos primeros párrafos y reflexionen: ¿qué relación creen que se plantea en esta situación entre el sueño, la fantasía y la idea de una cárcel?
2. El narrador expresa que en los últimos tiempos se ve asediado por una “presencia perturbadora” que denombra *la cosa*. Rastreen a lo largo del cuento la forma en que ésta es presentada y sus características.
3. Indaguen acerca de la figura del Mimo. ¿Por qué creen que el protagonista prefiere llamar *cosa* a este personaje? ¿Qué tipo de vínculo entabla el protagonista con esta criatura?
4. Relean el siguiente fragmento y respondan:
 - 4.a. ¿Por qué el narrador llama al Mimo “monstruo binario”?
 - 4.b. ¿Qué relación establece, según este segmento, el Mimo con las calles de la ciudad? ¿Qué rol juega la simetría en este vínculo?
 - 4.c. ¿Qué piensan que significa la afirmación “La ciudad era el alma y el Mimo la carne, el error, la belleza”?

87

Al monstruo binario no le importaba la maqueta de las calles, ni su forma hipodámica; se servía de ellas para teñirlo todo de una ilusoria simetría sostenida en la doble naturaleza de los colores que distinguían su fisonomía. Gobernado por la dualidad, sus pares espejos replicaban el simulado orden dual de las cosas, casi como un

signo irrefutable que se imprimía en cada calle, en cada conversación y en todos los rincones de la vida diaria. Y sin embargo había en él algo genuino. La ciudad era el alma y el Mimo la carne, el error, la belleza.

5. Vuelvan sobre la escena en la cual un individuo cava un pozo en la plaza: ¿qué encuentra este hombre? ¿Cuál es su reacción y la de la gente que está observando la escena ante el hallazgo? ¿Qué sentido creen que ilumina este episodio en relación al argumento del cuento?
6. ¿Cuál es la resolución que toma el protagonista para liberarse de la agobiante presencia de *la cosa*? ¿Cómo la lleva a cabo? ¿Por qué creen que eligió los límites de la ciudad para ejecutar su decisión?
7. Relean el final del cuento. Una vez muerto el Mimo, ¿qué le sucede al protagonista?

C/ Actividad de escritura creativa

1. A partir de la figura del Mimo, les proponemos escribir una breve narración que explore una escena imaginaria donde este personaje irrumpa en la vida cotidiana de una persona: ¿en qué momento y de qué forma aparece el Mimo?, ¿qué sucede cuando éste entra en escena?, ¿cómo reaccionan el/los personaje/s involucrados?, ¿qué vínculo establece/n con el Mimo?, ¿cómo se resuelve o finaliza esta situación?

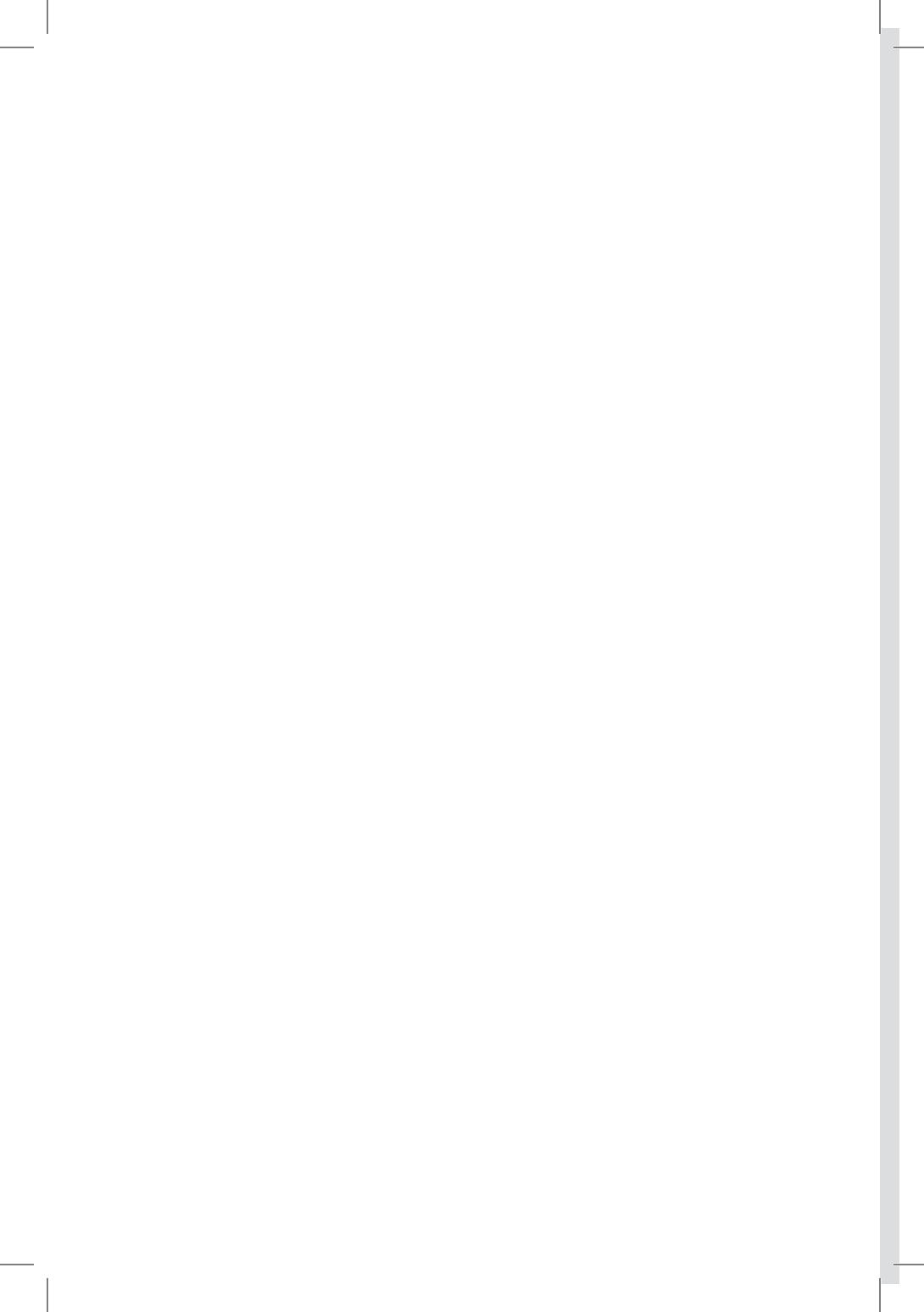
Información ilustrativa



La figura del Mimo tal como la conocemos hoy en día (con su rostro maquillado de blanco, los pantalones anchos y su remera a rayas) surge de la invención de Marcel Marceau, artista francés nacido en 1923. Siguiendo el modelo de Charles Chaplin y Buster Keaton, exponentes ambos del cine mudo, Marceau crea un personaje llamado Bip, que inspira la representación actual de este personaje.

Bibliografía

- Freud, S (2012). "Lo ominoso". *Obras Completas*. XVII. Buenos Aires, Amorrortu, pp 217-251.





INFORME DE UN MORIBUNDO

(de *Los ángeles solos*, Ediciones Acanto, Buenos Aires, 1973)

Alma Maritano

Es santafesina, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario y profesora de Letras. Ha dictado cursos y conferencias sobre escritura en diversas instituciones de Rosario y otras ciudades del interior del país (fruto de ese trabajo ha publicado el libro *Taller de escritura. La aventura de escribir*). Algunas de sus obras publicadas son: *Un globo de luz anda suelto* (1978, premio de la SADE en literatura infantil), *El casamiento del número 3* (1987), *El último dinosaurio* (1992), *El misterio de los gatos egipcios* (2009). Entre los adolescentes es conocida, principalmente, por sus obras *Vaqueros y Trenzas* (1982), *El visitante* (1984), *En el sur* (1988), *Cruzar la calle* (1992) y *Pretextos para un crimen* (1997), una serie de libros que cuentan la historia de personajes que viven en Rosario, desde su niñez hasta su etapa adulta. Falleció en 2015.



ATENCIÓN

Antes de leer el texto
avanzar a la actividad
de la página 102

Tengo la sensación de haber comenzado a vaciar-me. Ignoro cuánto tiempo me quedará, pues, de vida. Creo llegado el momento de comenzar el informe de mi extraño caso, a los fines de que la ciencia, siempre tan eficaz y pertinente, pueda extraer sus propias conclusiones. Tal vez, dentro de muchos años alguien, un héroe anónimo de laboratorio seguramente, será capaz de aislar el germen que haya de inmunizar en el futuro a mucha gente, contra una enfermedad tan extraña como la mía.

Trataré de ser breve, pues ya se sabe que la brevedad y la concisión constituyen la esencia misma del lenguaje científico. Además, aunque tendiera como otras veces al desborde verbal, las mismas características de mi enfermedad me lo impedirían. Muy pocas son las palabras que me quedan ahora, y debo aprovecharlas al máximo. Si mis medios de expresión fueran otros, una música electrónica, por ejemplo, despojada de música hasta no ser sino una raya hendiendo el aire, podría expresarme. También sería posible, si pintara, cubrir por completo un lienzo con algún color perfectamente agónico y difuso, que diera con exactitud la medida de mi acabamiento. Pero no cuento más que con estas palabras, las últimas que me restan. Y con cierto dolor, cierta nostalgia de aquel buen tiempo en que ellas me nutrían, me alimentaban, formaban parte de mi carne y de mis huesos. En aquel tiempo ellas y yo éramos una sola cosa. Hasta mucho tiempo después no advertí que en realidad me estaban devorando.

A los fines citados con anterioridad, debo tratar de explicar todo esto de un modo más concreto. Debo decir que desde el principio, siendo niño todavía, todo empezó como un cosquilleo más bien agradable que parecía originarse en el cuello y los costados de la cara. Esto, lejos de constituir una molestia, venía a ser una toma de conciencia de mis propios músculos, los cuales hasta ese momento me habían pasado completamente inadvertidos. El tal cosquilleo se originaba frente a determinado sucesos, a saber, puestas de sol, amaneceres, lluvias mansas, cambios de estaciones y, en general, frente a paisaje y fenómenos naturales a los que era excesivamente sensible. Entonces empezaba a formarse dentro de la boca, entre los dientes, bajo la lengua, unas palabritas pequeñas, inofensivas, con sabor a caramelito de miel, que independientemente de mi voluntad caían de los labios con un tintineo alegre.

Comencé a tomar la costumbre de apartarme de los juegos de mis compañeros, porque resultaba algo marcadamente insólito y sospechoso ese chorro rosado que yo trataba de ocultar con las manos como podía. A decir verdad, los juegos no me interesaban en absoluto. Se me aparecían mucho más fascinantes aquellos corpúsculos acaramelados y transparentes que me llenaban la boca de dulzura. Los otros chicos, claro, empezaron a mirarme como a un bicho raro, y como cada vez se me hacía más difícil mantener mi secreto, o caer en

explicaciones que yo mismo era incapaz de dar, terminamos todos por acostumbrarnos y tomarlo como algo común y corriente.

Por suerte, la pedrería se desintegraba a los pocos instantes, digamos, casi al contacto con la atmósfera, y todo continuaba como si nada hubiese ocurrido. Pero de todas maneras, yo me estaba convirtiendo en un ser distinto a los ojos de los demás y ante mis propios ojos, cosa que, bien mirada, no deja de tener sus ventajas, porque precisamente la diferencia es considerada una virtud y no un defecto. En consecuencia, mi ascendiente sobre los demás, lejos de disminuir, creció en forma notable. Lo observaba en el trato especial que la gente me dispensaba, hecho que influía sobre mí, elevando cada vez más la opinión que tenía de mí mismo.

Mientras tanto, el tiempo transcurría y, si bien físicamente yo era normal, en el resto de mis reacciones, el cosquilleo había ido extendiéndose a otras partes del cuerpo. Ahora se localizaba también en los brazos y la espalda. La producción de corpúsculos era más abundante, y el sabor había variado en forma gradual hasta hacerse ligeramente áspero.

También se modificaron las causas que los producían. A los fenómenos naturales, que cada vez lograban cosquilleos más débiles, sucedieron los estados de ánimo, las modificaciones anatómicas, mis relaciones con la gente. Recuerdo que un día, cerca ya de mis catorce años, y encontrándome

hacia el atardecer sentado en el banco de una plaza pública, experimenté de pronto, sin motivo aparente, una sensación de intensa angustia seguida por el fuerte deseo de llorar. Dándome cuenta de lo ridículo de la situación, bajé apresuradamente los ojos, y al hacerlo, sentí escurrirse bajo los párpados una arenilla fina que recogí en la palma de las manos. Eran partículas muy semejantes a las que me brotaban de la boca, solo que mucho más pequeñas, y de un color ambarino tornasolado.

Empecé a sospechar entonces que aquellas labritas inofensivas estaban invadiendo todo mi cuerpo y se convertían en parte de mis propios humores. Confirmé esta suposición pocos meses más tarde, cuando un fuerte golpe en la nuca me produjo una abundante hemorragia nasal. En el pañuelo que me apliqué rápidamente, quedaron bailoteando restos de las misma partículas, de un alegre color rojo esta vez, cristalinas y movedizas. No había nada que hacer. Mi propia sangre estaba contaminada.

Recuerdo que por esos años la expulsión de los corpúsculos me causaba infinito placer, y que después de ella sentía en mi cuerpo un considerable alivio, así como un vacío inmediato. Transcurrido un lapso que variaba según las circunstancias, yo notaba que ese vacío dejaba de ser tal, y que poco a poco las sustancias extrañas volvían a invadirme, tendiendo a brotar entonces con el más mínimo pretexto. Realmente, yo iba perdiendo mi identi-

dad, por así decirlo, y vivía por y para ellas. Es decir, yo era ellas. Y tan orgulloso me sentía de mí, o sea, de ellas, que no solo no traté ya de ocultarlas, sino que empecé exhibirlas con descaro. Pero, no obstante la admiración que la existencia de ese fenómeno causaba en la mayoría de la gente, no me pasó inadvertida la molestia que al mismo tiempo experimentaba en aquellos sobre los cuales arrojaba mis excreciones involuntariamente.

Y digo involuntariamente, porque aun no ignorando el desagrado de los demás, me había vuelto completamente incapaz de frenarlas o contenerlas. Al contrario, si trataba de hacerlo, o por lo menos de explicar o justificar el fenómeno en sí, los corpúsculos se multiplicaban en forma prodigiosa, y terminaba haciendo justificaciones de justificaciones, en una verborragia tan ridícula como infinita. Al cabo de un tiempo, cada acción mía provocaba un brote caudaloso de las tales sustancias. Simultáneamente fueron adquiriendo un tono verdoso, más bien desagradable, y un sabor casi diría repugnante. Ya no experimentaba ningún placer al sentir las crecer dentro de la boca, bajo la lengua, entre los dientes, y antes los primeros síntomas de cosquilleo me sentía invadido por una oscura aprensión. Por otra parte, dicho cosquilleo constituía por entonces una ubicua sensación acuciante y dolorosa que no dejaba parte del cuerpo libre. La expulsión se efectuaba entre náuseas y calambres que me dejaban agotado.

Recuerdo que en una mesa de café un amigo, muy molesto, me dijo hasta cuándo te va a salir todo eso, che, cosa que me dolió bastante porque además de estar yo mismo sufriéndolo a pesar mío, debía soportar que mi amigo me lo reprochara. Otro, a quien yo admiraba mucho, en la misma mesa llegó a decirme dejá de largarme todo eso encima, no me ensucies con porquerías. Palabras que de una vez por todas me convencieron de que aquello se había vuelto insostenible. Principalmente porque las malditas ya no se desintegran tan rápidamente como al principio. Habían dejado atrás toda frescura y transparencia, convirtiéndose en cositas tristes, opacas, envejecidas, ya sin sabor alguno, sin ninguna vida propia. Habían perdido toda eficacia, y por lo tanto mi prestigio disminuyó tan rápida y notablemente como había comenzado. Al mismo tiempo observé una creciente disminución de mis fuerzas, y una reducción fácilmente visible del tamaño de mi cuerpo. Parecía como si, de tan poco emplearlo, lo ganara una repentina atrofia de sus miembros. Medité entonces en lo veloz que había sido mi tránsito por la vida, y en cómo ésta había quedado atrás, sin haberla yo aprovechado en absoluto, ocupado como estaba en el singular proceso fisiológico del que era víctima. En efecto, no había obrado en absoluto. Me habían abandonado, asqueados, los pocos amigos que me quedaban. Yo no dejaba nada, ni siquiera una imagen concreta de mí mismo. Solo me recordarían por mi extraña

manera de vomitar una materia dudosa. Había perdido mi oportunidad.

Los corpúsculos devoraron mis glóbulos hasta no dejar nada de ellos, y transitaban cómodamente por mis venas. Entonces, faltos ellos mismos de alimento, decidieron comerse unos a otros dejando mis miembros cada vez más flácidos y resecos, sin fuerzas en absoluto. Sin este informe que tal vez sea lo único válido que haya hecho en toda mi vida, hubiese logrado vivir unos días más, unos meses posiblemente. Pero por una vez he preferido hacer algo, a despecho de esta cascada molesta que brota de mi cuerpo a medida que escribo. Aunque mi caso es por demás extraño, tengo la esperanza de que el hecho de haberlo expuesto con la mayor claridad de que fui capaz, pueda resultar útil a la ciencia, ávida siempre de casos insólitos y difíciles de resolver.

Ahora, en este momento, ausente de las venas mi jugo vital, siento que agonizo. Entre las pestañas una fina arenilla, o restos de ella, me impide distinguir con nitidez mi mano y lo que escribo. Bajo las uñas, todavía, alguna que otra partícula rezagada rueda sobre el papel en un último esfuerzo de unirse a las demás. Pero ya es inútil buscar significados coherentes. Debo arreglarme con las que quedan para intentar mi última frase. Es algo que necesito decir antes de que mi mano quede inmóvil y mi cabeza caiga sobre el papel. Pero no puedo ya construir frases, solo expulso palabras grises

y endurecidas, pero quiero decirlo, debo alegría
nunca los que encima perdida otoño verdad lasti-
mada porque debo aunque al final cuchara bendito
medio encuentro quiero... decir... siempre... defini-
tivo... lo... lamento.

ACTIVIDADES

Prof. Lorena Andreucci



Nació en Cruz Alta (Córdoba) en 1976. Actualmente reside en la ciudad de Rosario. Es Profesora en Letras (UNR) y Especialista en Alfabetización Inicial. Ha participado de diferentes antologías literarias como *Somos las palabras, Poetas y narradores contemporáneos*, en *Nueva literatura Argentina* de la Editorial de los Cuatro Vientos de Capital Federal. Dicta cursos de capacitación como El lenguaje que dice el pensamiento sensible: de lo poético en educación, Taller de Actualización Docente: Matemática, Lengua y Nuevas Tecnología; Nuevos modos de enseñar, Leer el mundo, des-armarlo, como si fuera un lenguaje, Literatura y Alfabetización, Alfabetización Integral, Comprensión lectora: Teoría y práctica. Un camino al sentido, entre otros. Trabaja en el ISPI N° 9026, en el ISPI N° 4004, en escuelas secundarias y en editoriales.

101



Destinatarios

Alumnos de tercero, cuarto y quinto año de escuela media y de cuarto y quinto año del EEMPA

Conocimientos previos para la propuesta

> Concepto de narración > Narrador > Punto de vista >
Noción textual sobre el informe > Revisión de metáfora

..... *Primera Parte*

“...la literatura ayuda a vivir y dar sentido a nuestras vidas, habla de la experiencia humana, amplía nuestro universo, abriendo al infinito la posibilidad de interactuar con otros, de pensar y de sentir tomando su punto de vista; desperta nuestras capacidades de asociación, procura ‘sensaciones irreemplazables que hacen que el mundo real se vuelva más cargado de sentido y más bello’.. No es diversión, es mayéutica”

Leer el mundo: experiencias actuales de transmisión cultural,
Michèle Petit

102

A/ Se ambienta el salón con luz tenue y les pedimos a los alumnos que coloquen una hoja y un lápiz sobre el banco y cierren los ojos.

Comienza a sonar Mozart - Requiem - 1 - Coro de la Ópera de Rosario, Orquesta Clásica Rosario, Horacio Castillo dir. <https://youtu.be/rmEDzK16ghc>

 YouTube AR Buscar



Mozart - Requiem- 1 - Coro de la Opera de Rosario, Orq Clásica Rosario, Horacio Castillo dir.

Les pedimos que respiren profunda, lentamente, e imaginen lo siguiente, que será leído con un tono de voz medio y pausado, con la intención de interiorizar a quien escucha:

A los lados de tu cuello se produce un “cosquilleo” placentero y “comienzan a formase dentro de la boca, entre los dientes, bajo la lengua,” unas partículas muy, pero muy pequeñas, “con sabor a caramelito de miel” que llenan tu “boca de dulzura”. (*Les proponemos disfrutar de ese momento y guardarlo en su memoria. La música sigue sonando, hacemos silencio por un momento y seguimos con nuestro discurso*) El cosquilleo “se extiende por los brazos, por la espalda”... las partículas se vuelven “más abundantes” y su sabor se siente, en este momento, “ligeramente áspero”... (*Se espera otro pequeño momento con la música de fondo*) Ahora, el cosquilleo se transforma en una sensación “acuciante y dolorosa”, sentís “una creciente disminución de tus fuerzas”, tu boca está llena de “cositas tristes, opacas, envejecidas, sin sabor alguno” No hay lugar en ella para una partícula viscosa más. Llegan casi a tu garganta... (*Nuevo momento de escucha musical*)...
Sentís la agonía...

1. Una vez terminada la lectura, les pedimos que abran sus ojos en forma suave, lenta, y escriban libremente

todo aquello que haya pasado por su mente y su cuerpo. Les sugerimos que escriban sin pensar en los formatos textuales tratando de ser totalmente fieles a las sensaciones y pensamientos que fueron surgiendo en la visualización. Luego, se aumenta la luminosidad y se comparte lo vivido y/o escrito.

2. Preguntas sugeridas como disparadores para trabajar las emociones, el lenguaje oral y el cuerpo como una de las dimensiones del aprendizaje:

2.a. ¿Qué sensaciones te invadieron durante la experiencia?

2.b. ¿Qué sentidos se pusieron en alerta?

2.c. ¿Qué emociones te provocó? ¿Por qué crees que te sucedió esto?

2.d. ¿Lo habías sentido antes? ¿En qué ocasión u ocasiones? En este momento, la palabra debe circular, retroalimentarse, en todas las direcciones que las emociones, ideas y sentimientos los lleven. (Puede ser guiado o no).



B/ ATENCIÓN Volver a la página 93

Leemos el texto “Informe de un moribundo”



C/ ATENCIÓN Volver a la página 91

Presentación de la autora, Alma Maritano

Leer sirve para encontrar fuera de sí palabras
a la altura de la propia experiencia...
para descubrir, no por razonamiento sino
por un razonamiento inconsciente,
que lo que nos atormenta, lo que nos asusta,
nos pertenece a todos.

Michèle Petit

D/ Ronda oral de comprensión: algunas preguntas que pueden circular por la ronda, con la guía o no del/la docente:

1. La pieza musical que sonaba en la primera actividad es un réquiem, ¿saben qué es? Si no lo saben, pueden consultar en <https://definicion.de/requiem/>
2. ¿Qué relación existe entre ésta, el texto leído y dicha experiencia?
3. ¿Pudieron sentir la agonía del personaje?
4. ¿Por qué creen que no tiene nombre?
5. ¿En qué los dejó pensando?
6. ¿Qué ideas vinieron a tu cabeza?
7. ¿Descubrieron algo nuevo, algo que no sabían?
8. ¿Saben qué es un informe y para qué se utiliza socialmente este tipo de textos?
9. ¿Encuentran algún indicio de nuestra ciudad en su texto?
10. ¿Qué es un moribundo?
11. ¿Le temen a la muerte?
12. ¿Tienen alguna posición tomada respecto de este tema?
13. Si pudiesen definir este texto según un color, un sabor, un sonido, un aroma ¿cuál elegirían y por qué?

Ahora, les pedimos que se tomen un minuto y piensen en todo lo que reflexionamos, lo que se ha dicho y, debajo de las primeras anotaciones que realizaron, anoten todas aquellas ideas que creen que son realmente importantes para pensar el tema, el texto y la vida de cada día; o aquellas que te hayan resultado realmente bellas.

..... **Segunda Parte**

El ser humano tiene sed de belleza,
de sentido, de pensamiento, de pertenencia.
La lectura, otra revolución, María Teresa Andruetto

Invitamos a los alumnos a retirarse, en forma individual o en pares, al patio o algún lugar de la escuela donde se puedan poner en contacto con la naturaleza o el aire libre, un lugar físico opuesto al que se describe en el cuento. Antes se les sugieren las siguientes preguntas o ideas para pensar e intentar encontrar una respuesta a partir de la lectura del texto, que ahora se realizará en forma silenciosa, tratando de observarlo como si fuera un objeto o como si se tratara de descubrir un tesoro escondido entre letras...

E/ Transcriban en forma escrita las ideas, respuestas o conclusiones a las que arribaron respecto de los siguientes ítems:

1. A lo largo del texto, ¿cómo el personaje llama a lo que le sucede? ¿Cuál es la razón por la que escribe el informe?
2. ¿Qué diferencia existe entre un informe que se realiza en la vida cotidiana y este del cuento?

3. ¿Por qué crees que la autora eligió este formato textual?
4. ¿Cómo se desarrolla el tiempo del relato y el tiempo de la historia y qué nos permite a los lectores y al protagonista ese juego temporal?
5. ¿Qué efecto genera la utilización de la primera persona?
6. ¿Qué nombre reciben las partículas a lo largo del texto, qué inferimos de ellas a medida que cambia la forma de nombrarlas el narrador y a qué hacen referencia?
7. ¿Qué provoca en el personaje principal el aumento involuntario de corpúsculos? ¿Qué sensaciones y emociones experimenta a lo largo del relato? Identifícalas en el texto
8. ¿Puedes marcar en el texto aquellas expresiones que anuncian la presencia de la muerte?
9. ¿Qué lo está matando realmente?
10. ¿De qué se arrepiente o qué error cometió?
11. “El jugo vital” que escribe el narrador, ¿de qué es metáfora?
12. ¿Qué otras metáforas descubriste?
<https://definicion.de/metafora/>
13. ¿Qué función cumple la escritura en este caso?
14. En la realidad, ¿sucede con ella lo mismo que en la ficción?
15. ¿Qué crees que le queda por expresar al personaje y cómo aparece eso en el texto?
16. ¿Qué se habrá querido expresar con la utilización de los puntos suspensivos finales?
17. ¿Cuál crees que es el tema de este cuento?

Nota: En esta actividad puede, si el docente así lo considera, asignar algunos interrogantes a algún grupo y otros interrogantes a otro grupo u otros grupos.

F/ Se realiza la lectura de “Celebración de la voz humana/1” y “Celebración de la voz humana/2” de Eduardo Galeano publicados en *El libro de los abrazos*. Luego, se determinan las semejanzas y diferencias existentes entre estos y el de Alma Maritano leído anteriormente, respecto del tema, de la posibilidad o imposibilidad del decir, respecto de la comunicación e incomunicación, del silencio y la palabra u otra temática que surja como posibilidad de pensamiento y construcción de sentido. Transversalmente acontece el concepto de intertextualidad y se suma otro marco de acción, interpretación y escritura al alumnado.

108

G/ Debate y puesta en común sobre lo interpretado y descubierto.

H/ Escritura de reflexiones personales y compartidas.

..... *Tercera Parte*

Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento comunicable...
El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra.

Toda herida es un texto... Hay que leer a la luz de esas heridas. Hay que tocar los rebordes, traspasar con los dedos las suturas para hurgar en las orillas de la herida hasta hacer legibles las marcas.

Sí, esa lectura táctil implica siempre una reescritura. Y en el gesto de releer la herida y reescribirla reconocemos su otra condición: la herida siempre es un palimpsesto.

La búsqueda del lenguaje. Experiencias de transmisión,
Ángela Pradelli, 2011

I/ Les proponemos buscar y retirarse a un lugar donde puedan estar solos. Llevar consigo los apuntes realizados a lo largo de la secuencia de actividades y realizar la siguiente propuesta de cierre: Escribir una traducción de lo que el protagonista quiso expresar en la última parte del texto. Para ello, debes utilizar las palabras que allí aparecen sin modificarlas y en el mismo orden.

La escritura tiene miedo de cerrar sus manos. De acomodarse.

De sentirse satisfecha. De darse por terminada.
No tienen prisa las palabras, Carlos Skliar, 2013

109

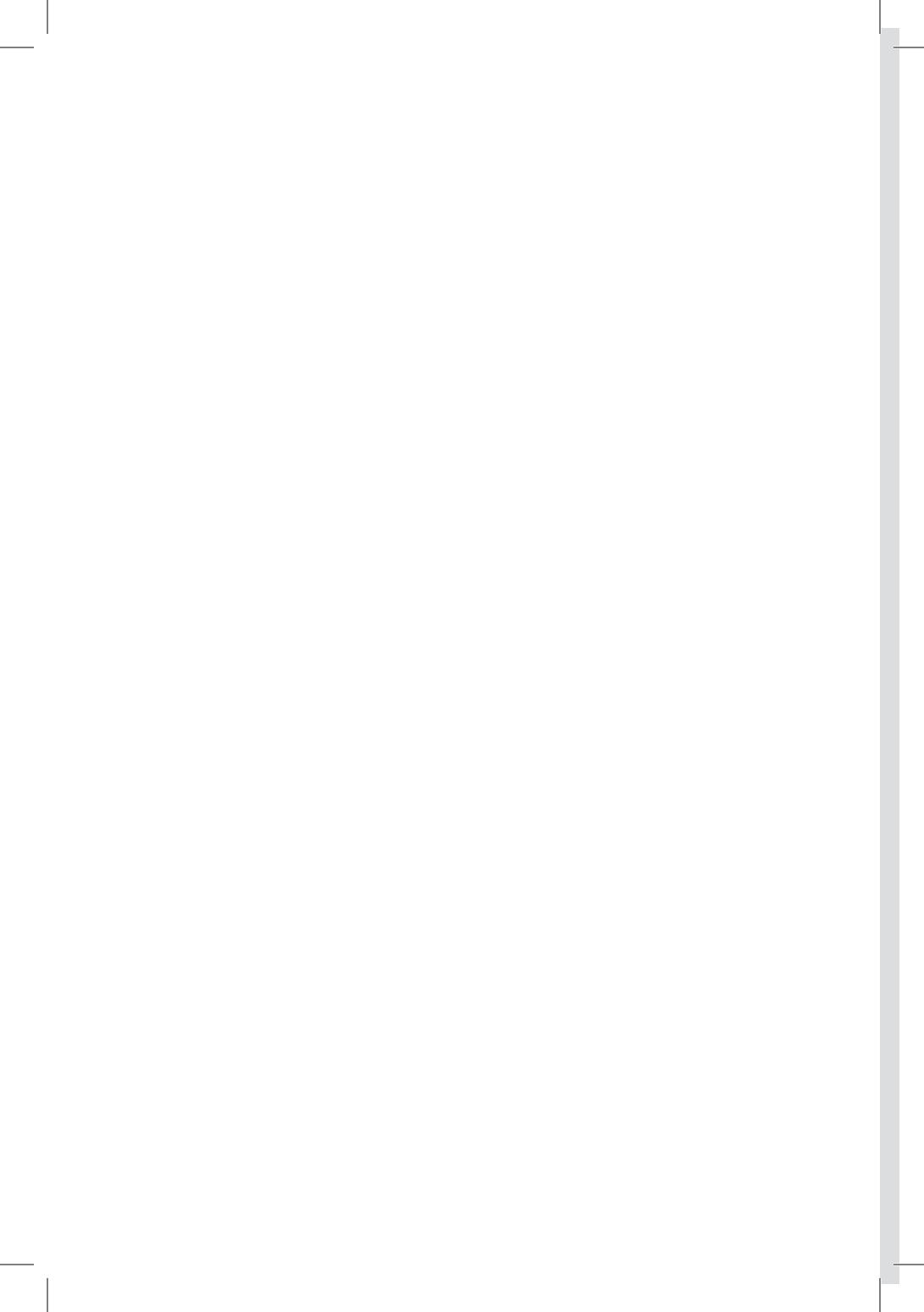
J/ Otras recomendaciones de escritura:

1. Pueden escribir un epitafio poético, ficcional, creativo y humorístico para el protagonista donde reúnas todo lo que has pensado y analizado.

En esta página puedes encontrar algunos como referencia: <http://www.mdzol.com/nota/337054-para-morirse-de-la-risa-los-epitafios-mas-divertidos-de-la-historia/>

2. Puedes crear un poema visual o un corto que exprese aquello que hayas concluido y deseas que sea público como hizo el personaje del cuento.

3. También puedes escribirlo o realizarlo en cualquier otro formato que se te ocurra o te guste; lo importante es que expreses tus ideas, las que consideres más verdaderas y creas que deben ser compartidas.





XBS/17

(fragmento de *Los jardines espaciales*, Casagrande, Rosario, 2017)

Ber Stinco

Nació en La Carlota, Córdoba, en 1982. Inició su carrera como músico y compositor en 2008, con el disco *Postales de mi ciudad invisible*. Desde entonces ha experimentado alrededor de la canción popular asociándose con músicos como Diego Fusaro, Franco Colautti y Nicolás Zingaretti. Junto a Ezequiel Fructuoso llevó adelante el ciclo Almacén de Folk. Bajo el sello Fructuoso Record Club editó los discos *Todos somos el conurbano de alguien* (2013) y *Los fusibles quemados del amor* (2014), este último junto a su banda, la Asociación Santafesina del Rifle. Entre fines de 2017 y principios de 2018 se hace público su último disco, *La campaña del desierto*, y su primera novela, *Los jardines espaciales*, editado por Casagrande.



ADVERTENCIA

Como homenaje académico el siguiente ensayo fue traducido íntegramente al castellano barroco antiguo utilizado durante el siglo que abarca el estudio. Respetando sus modismos e inflexiones intentaremos unificar el contenido del corpus y familiarizar al lector con aquella lengua lejana.

Algunas observaciones lingüísticas a tener en cuenta que facilitarán la comprensión de la lectura:

*El castellano barroco antiguo contaba con 93.111 palabras. Algunas de ellas muy extrañas, por ejemplo: mercachifle, lonchera, percanta, limpiavidiros, wifi, grela. Además, recogía 195.439 acepciones, entre ellas casi 19.000 americanismos. Actualmente nuestro idioma terrícola cuenta solo con 15.173 palabras, 55.487 emogis, 11.470 códigos IQ, 28.990.000 gif y 15.008.891 links telepáticos.

*La extinta letra “Q” hace referencia y en ocasiones reemplaza a la actual “K”, por entonces tampoco se mezclaban números con letras ni vibraciones en las oraciones y las mismas aún comenzaban con letras mayúsculas.

*Todavía el castellano barroco antiguo, utilizado de manera popular hasta entrado el siglo XXIII, sigue siendo el idioma oficial en el fas religioso de las tribus mutantes del atlántico sur.

*Durante los siglos XXI a XXV en algunas zonas nuclearmente devastadas de la luna se habló un

dialecto similar llamado “spanglish” que no tuvo forma escrita.

*Hay corrientes que sostienen que el idioma cachivache, actual lengua oficial del planeta tierra desde el siglo XXVIII, es una continuación moderna del castellano barroco antiguo.

Diario de Rilke I

La noche, fría y clara, empieza a velarse con la típica neblina lunar que se posa en la cuenca de las vertientes. Desde acá noto la bruma acostada a lo largo del arroyo, el bosque lindero se empapa de vapores blancos como humo de cigarrillos. “Los cigarrillos” son una buena opción para empezar una oración, una frase. “Los cigarrillos” te llevan de una cachetada a la cotidianeidad. Empezar un relato hablando de “los cigarrillos” es un ancla. También es una estética, generalmente urbana, generalmente canchera. Como eran las propagandas de cigarrillos, cuando existían las propagandas de tabaco. El tabaco prefiere un suelo rico y bien drenado aunque lo hará bien incluso en suelos pobres. El ph de la superficie lunar es ideal. Todo el tabaco que se consume en la tierra es cultivado acá. Cuando está maduro, las hojas toman una apariencia similar a la piel de cocodrilo. La vegetación lunar es abundante; plantas, pasto y flores invadiendo la tierra y el tiempo. Es muy difícil narrar mis días en el satélite sin que se cuele en cada párrafo la tierra.

Vivo en una casa con jardín en el Domo Lunar XBS/17. No es un jardín muy grande, apenas unos diez metros de fondo. Llegué a la Luna junto a mi familia en 1978, me sentía horrible. Veníamos escapándole a la peste y a la hambruna. Mis padres consiguieron cuatro boletos en el monorriel. No nos resultó fácil salirnos de la tierra, eludir esa telaraña social apática para pasarnos a esta otra telaraña social apática, pero distinta. En la tierra la burguesía había desaparecido a manos de la clase financiera, que es una forma de llamar al conjunto de automatismos financieros que se enriquece a través de la destrucción del valor producido, a través de la privatización de los bienes comunes. La plusvalía de las finanzas es una minusvalía desde el punto de vista social. Al lado de ese sistema, la explotación de la burguesía y la oligarquía lunar eran la panacea. Mis padres vivieron ese proceso con culpa. El discurso que imperaba en el tercer planeta era que las infelicidades y demoras que padecen las clases bajas son a causa de su pereza. Saúl, mi padre, era joyero de profesión, nunca tuvo tienda establecida. Llegó a trabajar para las grandes casas de Rosario y Buenos Aires. Su especialidad era el montaje de las piedras preciosas. Cuando nos fuimos de allá el planeta era casi un desierto. Rememorando mis días terrícolas debo reconocer que tal vez no todo fue malo, yo también tuve mis 15 minutos de fama y todavía no puedo evitar contarla cada vez que tengo oportunidad:

cuando cumplí 10 años, participé junto a mi primo en un programa de preguntas y respuestas de Canal 5 de Rosario, competimos con 5 parejas más y terminamos en segundo lugar. Nos clasificamos para viajar a Buenos Aires a jugar una especie de final nacional de juegos de preguntas y respuestas donde participaban chicos de todas las provincias del país. Lo trasmítia en directo Argentina Televisora Color. Salimos de la terminal de Rosario con mi primo y mi tía Gladys, en esa época las mujeres todavía no trabajaban tanto afuera de su casa, con un solo sueldo se podía parar la olla de una familia completa, fue así hasta que los capitalistas se avivaron, empezaron a fogonear consignas feministas superficiales y lograron que esa supuesta “mano de obra ociosa” también tenga que salir a ganarse el mango. Hoy lograron tener el doble de mano de obra al mismo precio, ya mi generación necesita dos sueldos para mantener, a duras penas, una familia.

Volvamos al día del concurso: entrada la madrugada, salimos en un Chevallier que me impactó más que el monorriel que años después me trajo a la luna. Al programa de Buenos Aires lo conducía Roberto Galán y en el intermedio el número musical estuvo a cargo de Leo Dan. Primero participamos contra una pareja de chicas de Corral de Bustos a las que vencimos rápidamente. Recuerdo con nitidez las lágrimas de Gladys cuando pasamos de instancia. Después vinieron unos mendocinos

que eran buenos y les ganamos con lo justo. Para definir nos hicieron una pregunta de fútbol, justo de Central y Newell's, parecía arreglado... ¿Qué iban a saber los menducos de eso? Bueno, ganamos esa serie y clasificamos. Así que tuvimos que quedarnos hasta el otro día para las finales. Dormimos en un hotel que pagó la producción. Nosotros con mi primo nunca habíamos dormido en un hotel. Estábamos tirados despatarrados en la cucheta de ese tres estrellas de Congreso creyéndonos Silvio Soldán... Al otro día perdimos la final contra unas pibas de La Rioja. Pasaron casi diez años entre esa semana de gloria y el viaje espacial familiar. En la luna mis padres trabajaron haciendo changas hasta que lograron conseguir empleos estables en el campus de la Moon University.

117

A este domo lo divide inequitativamente la Avenida Mussolini, a razón de dos tercios a uno. A mano izquierda, yendo de Surlunar a Nortlunar queda “El /17”, y a mano derecha, al Estelunar; Villa La fe de la Cruz que también forma parte del /17, pero “El /17”, para los que no son del 17, es solamente el otro lado.

La Mussolini corta el domo con una destreza quirúrgica; de un lado los que tienen guita y del otro nosotros, Villa la fe de la Cruz. Nuestro domo tiene chicas muy lindas y una gastronomía excelente. La luna es un lugar hermoso y nostálgico para los que no somos nacidos y criados. Es muy duro ver a la tierra desde la ventana. Los domos

son de distinto tamaño, tienen en común que, por una cuestión de legislación, en todos construyeron un arroyo; a los costados, unos diez metros de cada margen más de 5.000 especies naturales, entre ellas, capinurí, carapanauba, plantas carnívoras y orquídeas ecuatorianas. En la cuenca es difícil encontrar dos árboles de la misma especie a metros de distancia. La enorme biodiversidad hace que nos topemos con nuevas especies a cada paso. Las gigantescas lúpunas son mis favoritas. La convivencia con los insectos empezó siendo controlada en los laboratorios pero con el tiempo se ha dejado al azar. La mayoría de los bichos se alimenta de las plantas, por lo cual éstas han tenido que desarrollar habilidades de supervivencia para defenderse, en algunos casos diferentes a la de sus ancestros terrícolas. Las técnicas consisten en secretar compuestos tóxicos que repelen a los insectos. Quienes a su vez desarrollan constantemente habilidades para explotar otros puntos débiles de la planta.

Aquí los suelos tienen naturalmente pocos nutrientes, pero con manipulación genética lo fueron convirtiendo en poco menos que una selva. En ambientes tan duros, las plantas no pueden darse el lujo de ser devoradas por insectos. A las plantas les conviene no tener sabor, ser difíciles de digerir o simplemente venenosas. Por lo tanto, algunas plantas han desarrollado hojas duras, resinas o capas externas de látex que las hacen asperísimas y les permiten resistir a muchos depredadores. Otras

plantas producen hojas poco nutritivas, de modo que los insectos deben dedicar una gran cantidad de tiempo y esfuerzo a comer, lo cual no vale la pena para ninguna especie. En los domos, todos los alimentos vegetales que se producen deben ser controlados y manipulados. La naturaleza por sí sola es veneno.

Algunas plantas han evolucionado a tal punto que simplemente no necesitan crecer en el suelo, sino que viven en otras plantas y hasta en metales oxidados. Algunas criptógamas y musgos poseen la capacidad de vivir en el aire. Estas plantas atraen el poco suelo que necesitan, el cual es transportado por el viento, lo cual les ayuda a desarrollar raíces y una base de desperdicios en las ramas de los árboles.

Escucho, a lo lejos, los motores calientes de las naves espaciales que sobrevuelan el domo a esta hora. Frío, el cristal transparente húmedo. Adoro recorrer las calles del domo por la noche en moto; tengo una vieja Honda CGL 125, con un motor OHV monocilíndrico de 4 tiempos. Me encanta salir después de cenar a ver bichos y yuyos... La flora de las cuencas hídricas lunares es inagotable; con frecuencia, los científicos descubren nuevas especies. Nuevas metamorfosis. Algunas son realmente exóticas como el caso de las plantas que mutan con animales formando híbridos de flora y fauna. El arbusto buey (de más de dos metros de largo y metro y medio de alto), el helecho carnívoro que se

alimenta de peces y cuando se corta sangra como un animal. El “cactus eléctrico” que libera cargas de alto voltaje. Y todo esto, sin hablar de las especies más famosas como el gomoon y el mono de piedra. La flora y fauna distan mucho de un lugar a otro. Los lugares son diferencia. Es una hermosa noche fría y clara.

ACTIVIDADES

Prof. Marcelo Eduardo Negro Baran



Nació en 1983. Es Profesor en Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y trabaja como docente en escuelas secundarias públicas y privadas. Es oriundo de Villada e hincha de River Plate. A la hora de elegir superhéroes, prefiere a Batman antes que a Superman.

121



El espacio y la Tierra

le ceden lugar a la luna y sus domos para la creación de un universo nuevo, *Los jardines espaciales*, un lugar donde el narrador/personaje nos habla de su pasado, presente y futuro. Aquí, en esta luna, las ganancias van de la mano con las pérdidas, generando un relato en el que la oscilación es una constante y todo parece estar en permanente mutación.

Destinatarios

Alumnos de primero y segundo año de escuela media.

Conocimientos deseados

> Clases de palabra > Variedades lingüísticas > Breve acercamiento al Barroco como movimiento artístico > Concepto de ciencia ficción y de distopía

Comprensión lectora

1. ¿En qué tiempos situarías este relato? ¿Qué hecho del pasado se narra?
2. ¿Cómo es el mundo lunar que se describe?
3. ¿Qué similitudes y diferencias encontrás con nuestro planeta hoy en día?
4. ¿Cómo imaginás un domo? ¿Cómo aparece descripto en el texto?
5. ¿Qué elementos se mencionan que podés relacionar con elementos culturales (musicales, televisivos, deportivos, etc.) de los siglos XX y XXI?
Para responder esta pregunta, podés pedir la ayuda de un adulto o consultar en Internet.
6. A pesar del tono distendido y a veces humorístico, el relato desliza varias críticas sociales y contra el sistema.
¿Cuáles son? ¿Podés escribirlas con tus palabras?
7. ¿Cómo se llama la avenida lunar que corta el domo?
Con la ayuda del o la docente del Área de Sociales, investigá e hipotetizá por qué tendrá ese nombre.

Trabajamos las clases de palabras

1. Marcá en el texto los adjetivos que encuentre y distingúi cuáles son “objetivos” y cuáles “subjetivos”.
2. Indicá cuáles de estos sustantivos abstractos se atribuyen a los estados de ánimo del narrador:
tristeza - melancolía - alegría - odio
arrepentimiento - duda
3. Diferenció la luna (su flora, su fauna, sus construcciones) del texto y la tierra utilizando adjetivos calificativos.
4. Caracterizá morfológicamente los siguientes verbos:
volvemos - vinieron - ganamos
estábamos - empieza - divide

5. Relevá en el texto los adverbios que encuentres y ordenalos según su clase.

Trabajamos las variedades de lengua

1. A partir de las variedades de lengua, caracterizá la forma de expresarse del narrador. ¿Utiliza expresiones parecidas a las que utilizamos nosotros al hablar?
2. ¿Qué registro utiliza el narrador? ¿Formal o informal?
3. Al principio, el texto habla de que “El castellano barroco antiguo contaba con 93.111 palabras. Algunas de ellas muy extrañas, por ejemplo: mercachifle, lonchera, percanta, limpiavidrios, wifi, grela.” ¿Cuáles de estas palabras resultan familiares? Investigá el significado de aquellas que no te son conocidas.

Otros lenguajes

1. **Otras formas de llegar a la luna.** Proponemos la lectura del cuento de Ítalo Calvino, “La distancia de la luna” (en el libro *Las cosmicómicas*, hay varias ediciones) y compartir el siguiente video: <https://www.youtube.com/watch?v=1OOVn8UT2bQ> para ver otras formas de representar la relación entre los hombres y la luna.

123

 YouTube 



La Luna FULL HD 1080p) Disney Pixar

2. Crear emojis que den cuenta de los estados de ánimo del personaje en los distintos episodios del texto.



3. Uno de los mayores cambios que hay en la luna tienen que ver con los animales y las plantas. **Pensar y escribir** ejemplos ingeniosos de "... plantas que mutan con animales formando híbridos de flora y fauna, como el arbusto buey".
También podés dibujarlos y hacer un póster.



INFRAMUNDO

(en revista *Cronopio* N°53, agosto 2017)

Federico Ferroggiaro

Nació en Rosario en 1976. Es periodista y Profesor Universitario en Letras (UNR). Publicó los libros *El pintor de delirios* (EMR, 2009), *Cuentos que soñaron con tapas* (El ombú bonsai, 2011), *La niña de mis ojos* (Colección Raíces Aéreas, Editorial El ombú bonsai, 2013). En 2016, la novela *Tetris* (UNR Editora. Colección Confin gere) y, en 2017, los relatos de *Par de seis* (Baltasara Editora). Trabaja en la UNR, la UTN y en escuelas secundarias.



Si no tuviera una ventana a la calle y no fuera justo junto a ella y sus cortinas gruesas que instalé mi sofá de lectura, los ruidos de la madrugada hubieran sido apenas otros sonidos remotos colándose en el entramado silencioso de mis vigilias. Cuestión que yo leía anoche, y esa novela me rechazaba, me impedía entrar en su relato porque el autor, y la voz que había creado, no acababan de permitirme acceder a ese universo que las palabras creaban. La frustración y mi persistencia en el esfuerzo me distraían y por eso el ruido –una suerte de explosión, seguida de un derrumbe de rocas y tierra– acaparó el interés que la ficción estaba despreciando. Resuelto a informarme de lo que había sucedido, me quité las gafas y la carga de aquel libro poco hospitalario para salir a la calle a ver si era capaz de sorprenderme la realidad.

Conviene aclarar aquí que, desde hace unos días, mi cuadra adolece los incordios que genera la preocupación de las empresas por brindar un servicio mejor, de excelencia. Efectivamente, en las veredas y en las calzadas se abren como cráteres lunares los pozos de Aguas Provinciales. Ésta es una constante del paisaje urbano que afecta por igual a coches, viandantes y frentistas, colaborando en acentuar el caos de tránsito en las horas neurálgicas. Fuentes confiables, y algunos taxistas, señalan allí la panacea del negociado municipal. Lo cuento porque es cortito y una digresión siempre se disculpa. Resulta que, según mis informantes, la

trampa está en los corralitos –un dispositivo bastante primitivo que consta de una suerte de cerco perimetral que evita que zopencos y Parménides caigan dentro de los agujeros– porque la empresa que se los alquila al Estado cobra por día. Entonces, los generosos funcionarios públicos, para beneficiar a sus cómplices empresarios, permiten que los hoyos y roturas en calles y aceras permanezcan durante meses, sin importar el perjuicio a los vecinos. Total, para aquéllos, que las calles estén destrozadas no pasa de ser una cuestión estética, y por cierto muy redituable.

Pero, volviendo al hecho: ya decía yo que anoche, desvelado y aburrido, tras sentir el ruido, salí a ver lo que ocurría. No había peatones en las inmediaciones y no recuerdo si pasó algún auto o colectivo. Avanzando por el estrecho pasaje de baldosas entre las vallas y la pared de mi casa, iba mirando hacia los pozos para ver en qué parte se había originado el sonido. De pronto, justo bajo mi ventana, tumbado al borde de uno de esos enormes huecos, noté que yacía una presencia humana. Efectivamente, un tipo pequeñito ataviado con un extraño uniforme negro y un casco de minero, jadeaba con el rostro apuntando hacia el cielo y el pecho inflándose en estertores desesperados. La poca piel expuesta, en la cara, estaba sucia, tiznada, y eso me impedía precisar su edad, saber si era un hombre o un niño el que allí agonizaba. En una de sus manos, que estaban cubiertas por unos guantes amarillos,

me pareció distinguir el brillo de un objeto metálico, como un secador de pelo, quizá de color plateado. Sin nadie a quien recurrir, en quien buscar ayuda o colaboración, retrocedí sobre mis pasos para llamar una ambulancia. Por descuido, nervios o exceso de confianza, dejé la puerta sin llave y, mientras esperaba ser atendido, con el teléfono en la oreja, sentí que protestaban las bisagras.

-¡Corte! Por favor... no llame a nadie- me ordenó él ingresando súbitamente en la órbita de mi casa, de mi cocina. No me sorprendió tanto su impertinencia, el atrevimiento de inmiscuirse en propiedad privada, en un hogar ajeno, como el tono de voz moribundo y el hedor a humedad, a encierro, a ropa transpirada que emanaba de su cuerpo. Ya no portaba los guantes amarillos ni el extravagante secador de cabellos.

Obedecí, pero no por temor ni porque sea sumiso, si no por la fragilidad, el aspecto agonizante que el intruso presentaba. Colgué, y rápidamente salí a su encuentro. Por fortuna, porque apenas me puse delante, él se derrumbó sobre mis brazos perdiendo el casco de minero. Ya dije que era pequeño. Bueno, también era livianito y calvo. Lo alcé con facilidad y, tras empujar la puerta, lo llevé a mi dormitorio para acostarlo en la cama, que es lo más adecuado en circunstancias semejantes. Su respiración se agitó apenas lo coloqué sobre el colchón. Preocupado, le desprendí la chaqueta de su atuendo similar al vestuario de un filme de Javier

Fesser. Curiosamente, su pecho estaba negro, oscuro, como si más que sucio estuviera quemado como una hoja de papel y a punto de quebrarse. Trastabillé mientras me alejaba, un poco por el espanto y también porque el olor acre que desprendía había aumentado.

-Barro... barro...- jadeó él.

-¿Quiere agua?- pregunté dispuesto a atender sus demandas.

-No... agua con tierra... mezcladas... así se hace el barro. Bien diluido, por favor.

Al rato le llevé la infusión o refrigerio, que preparé con tierra de la maceta del jazmín en un cacharro que guardo con los rezagos. Esa pasta chirle y asquerosa que tragó con entusiasmo lo reanimó un poco. Y digo un poco porque, aunque permaneció tendido y exánime, se largó a conversar que era un contento, como si estuviera de tapas o happy hour con un colega que no encontraba desde el bachiérato.

Parece, por lo que dijo, que está jodida la cosa por allá abajo. Él hacía varios años ya que había sido destinado al inframundo. Un honor, al principio, pero cuando se vive enterrado las transformaciones son muchas, en la psicología, en el carácter. Ellos, los defensores, se vuelven hoscos y el miedo los mantiene tensionados y expectantes. Porque los seres a los que combaten atacan en hordas y por sorpresa, salen como hormigas de los pasajes subterráneos y las cacerías rayan lo salvaje. Decía

él, este soldado herido, que pueden pasar semanas de patrullaje sin que se produzcan encuentros y, apenas se relajan, se topan con una colonia de nativos y deben exterminarlos.

-Son ellos o nosotros: no hay tregua posible. Somos la fuerza que los mantiene controlados, que impide que saboteen el mundo que ustedes disfrutan y conocen, este mundo que, será una mierda, pero que ellos pueden volver peor, más hostil, cruel, desequilibrado.

Me contaba que a veces terminaban luchando cuerpo a cuerpo, a la usanza de las guerras de antaño, y aunque los enemigos son débiles, endebles, la cantidad los vuelve una potencia intimidante. De curioso, le pregunté si se asemejaba a lo que muestran las series y películas de zombis, tan de moda en los canales yanquis. Se rió, o más bien tosió como si se hubiera ahogado. Me corrigió, aclarando que éstos son decididos y ágiles y que no matan por necesidad o para alimentarse de cerebros, sino para lograr sus objetivos nefastos. Le hice notar que jamás había oído algo semejante, y eso que veo los noticieros y leo los diarios.

-Es un secreto a voces, pero los gobiernos quieren que la sociedad lo ignore. No quiero imaginar el caos que se generaría si en las ciudades supieran de la guerra que se ha desatado allá abajo, en el inframundo, y que estamos lejos de ganarla.

Tras esa angustiosa revelación quedó algoagitado. Solícito, le pasé una toalla húmeda por la cara

pero la carbonilla que lo cubría ni disminuía ni se apagaba. Daba la impresión de que la suciedad provenía del reverso de su piel, del interior, de adentro suyo. Tal vez, notando mi preocupación, volvió a rogar me que no buscara ayuda, que ya su estado le resultaba deshonroso y debía evitar el escarnio público. Quise persuadirlo de que, frente a la agonía, recibir atención médica constituye un mal minúsculo. Pero tenía él una idea demasiado inflada de la dignidad y su convicción era inquebrantable.

-Si quiere ser útil -balbuceó unos minutos después-, puede buscarme el equipo que dejé, creo, cerca de la salida del pozo. Es como un bolso de lona negra... ya se va a dar cuenta usted... ahí tengo unas drogas que quizás puedan salvarme...

Llegué hasta la puerta y ahí pensé: "yo ni ebrio dejo a éste solo acá... a ver si me roba la billetera o las tarjetas de crédito". También, lo admito, me asustaba acercarme a los huecos que había en la vereda, advertido de los peligros que existen en las entrañas de la tierra. Así que hice tiempo, miré un rato mi libro a ver si me enganchaba, pero no hubo manera. Volví a la pieza a darle la mala nueva de que no había visto su equipo, en el lugar adonde lo había hallado a él, hacía un par de horas. La noticia no le agradó, pero de inmediato pareció resignarse y, ni bien me ubiqué a su lado, en el borde la cama, empezó a hablar con renovado ímpetu de las escafofriantes aventuras que transcurren allá abajo.

Francamente, lamento no haber escuchado

más, no haberlo interrogado a fondo. Pero su charla fluía tan pausada y monótona que era más una canción de cuna que un relato bélico apasionante. Una lástima, sí, porque a cada rato yo cabeceaba y me perdía sus confesiones que ahora juzgo únicas, importantes, trascendentales. Porque el convaleciente me explicó lo de los pozos, por qué las empresas de servicio a cada rato rompen las ciudades con la excusa de arreglar caños y cambiar cables, cuando en realidad están montando accesos logísticos, para apoyo y aprovisionamiento de quienes combaten en las profundidades. A su vez, las jaulas o corralitos, o bien las tapas o puentes de madera con que cubren los hoyos, son dispositivos que disuaden a los habitantes del inframundo de irrumpir en la superficie y llevar su guerra a los ciudadanos comunes, como usted o como yo, que tan confiados pagamos los impuestos y protestamos enérgicamente por el daño que pozos y vallas producen en la estética urbana. Apenas me despabilaba un poco, yo insertaba un comentario pobre o le tomaba la fiebre o volvía a pasar la toalla por su rostro en el infructuoso intento de limpiarlo. Sin embargo, se me mezcla todo porque, a causa del sueño, del cansancio, sus palabras se me escapaban o se me confundían con la voz de mi conciencia que me aconsejaba tener cuidado con ese extraño.

A las cinco de la mañana entró en convulsión. El desgraciado se sacudía como un sonajero arriba de

mi cama, mientras de la boca le emergía un pitido desesperado. Exhausto por la conversación y por ser testigo de su sufrimiento, me retiré a la sala. Allí me asomé por la ventana, arrodillado en mi sofá de lectura, para ver si captaba alguna anomalía, movimientos o sonidos inusuales. No: nada, nada llamativo salvo el andar fantasmagórico de los primeros madrugadores y los últimos trasnochados. En aquel estado, pensaba que capaz que fuera un loco disfrazado porque, aparte de su testimonio, carecía de pruebas que demostraran la veracidad de su relato. También se me ocurría que, tal vez, él mismo fuera uno de los habitantes del inframundo, uno de aquellos extraños seres que querían apropiarse y destruir la vida tal cual la conocemos. Pero, ¿por qué?, ¿quiénes eran?, ¿qué querían?, ¿por qué había que enfrentarlos y asesinarlos como si fuera inalcanzable la sana convivencia?

Urgido por obtener éas y otras respuestas, regresé presuroso a la pieza. Lamentablemente, ya era tarde. Una montañita de carbonilla con su sileta, ahí, sobre la cama, me indicaba que se había muerto e incinerado a sí mismo en el mismo acto. Puede que así fuera la muerte que le correspondía, por su naturaleza, por las heridas que sufría o por los años que llevaba luchando en las profundidades. Con asombro, azorado, sacudí las sábanas y sus cenizas formaron una alfombra negra sobre el piso de mi cuarto. Las barré con aprensión, con asco, separando los dientes y las uñas que podían

resultar sospechosos si alguien los encontraba entre la basura cotidiana. Por eso, a estas partes del cuerpo que no se habían carbonizado, las enterré en la maceta del jazmín y confío en que calcificarán mi planta.

Amanecía, ya eran las seis y cuarto, y no quedaban rastros de esa presencia que había alterado mis planes, deparándome una noche realmente extraordinaria. Porque hasta el casco de minero, por ejemplo, que se le había caído cuando lo alcé, no aparece por ninguna parte. En fin, todo este episodio me ha dejado sensible, alterado. Temo que sea cierto, verdadero, eso del inframundo y la guerra, la razón de los grandes hoyos que abren en las aceras, que la vida acá afuera está en riesgo de desmoronarse... Mañana mismo cambiaré de sitio el sillón de lectura para que no me lleguen más los ruidos de los pozos y de la calle.



ACTIVIDADES

Celina Cancian



Nació y vive en la ciudad de Arroyo Seco. Es estudiante avanzada del Profesorado en Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. También se desempeña como Ayudante Alumna en la asignatura Lengua Española II. Trabaja en el área de redacción de un diario virtual de su ciudad natal y da clases particulares para todos los niveles. Estudia italiano y forma parte de un grupo de teatro llamado 'La Bicicleta'. Además es miembro activa de la Multisectorial Arroyo Seco, organismo a través del cual luchan por el cese de las fumigaciones.

137



Del cuento a la historieta

Una propuesta didáctica a partir del cuento “Inframundo” de Federico Ferroggiaro.

Destinatarios

Alumnos de primero y segundo año de la escuela secundaria.

Tiempo estimado

Las actividades están pautadas para una duración de 3 semanas con una carga horaria de 5 horas semanales

Con la siguiente **secuencia didáctica** abordaremos el cuento “Inframundo”, brindando un posible esquema y herramientas de trabajo que articulen las cuatro macrohabilidades

comunicativas. Las actividades forman parte de un **plan de aprendizaje** atrapante que intenta, por un lado, enmendar la fractura existente entre las áreas de Lengua y Literatura, y por otro, expandir el horizonte áulico, mostrando las producciones de los alumnos en la comunidad educativa. Una vez llevadas a cabo por cada docente las actividades de prelectura, lectura del cuento y comprensión, se procederá a trabajar con la última consigna: **diseñar una historieta**. Para comenzar, en la primera de estas tres semanas consideramos fundamental recuperar los conocimientos previos con los que cuentan los alumnos. Indagar qué recuerdan de los años anteriores respecto a la temática a trabajar es un paso primordial. Luego, se expondrán nociones básicas como las de 'historieta' o 'comic', se les indicará a los alumnos la estructura en viñetas, los diferentes planos a emplear para, finalmente, abordar el lenguaje de las historietas, es decir, la combinación del código verbal e icónico que presentan. Para más información, es interesante dirigirse a algunas páginas web como:

<https://www.educ.ar/recursos/102894/la-historieta>



o bien descargar un artículo de Josefina Prado Aragónés, titulado “Aprender a narrar con el cómic”
<https://www.revistacomunicar.com/index.php?contenido=detalles&numero=5&articulo=05-1995-14>



El o la docente puede en estos casos emplear como recurso el pizarrón, dibujando cada explicación o bien ir mostrando ejemplos extraídos de diarios y revistas.

Es enriquecedor compartir con los alumnos algunos sitios web de historietistas famosos que los ayuden a la hora de proyectar sus propios diseños. Algunas sugerencias son:

139

Hugo Pratt

<http://cortomaltese.com/es/>

Agustín Graham Nakamura

<https://agnakamura.blogspot.com.ar/>

Maitena

<http://www.maitena.com.ar/>

Roberto Fontanarrosa

<http://negrofontanarrosa.blogspot.com.ar/>

Asimismo, los estudiantes podrán buscar las páginas oficiales de algunos de ellos en Facebook, por ejemplo:

Corto Maltese

<https://www.facebook.com/Corto-Maltese-183002165056863/>

O las cuentas personales de dibujantes como

Flor Balestra.

<https://www.facebook.com/flor.balestra.5>

A continuación aparece la organización de contenidos para los estudiantes:

||||||| *Semana I*

A/ Luego de la lectura del cuento y de dialogar sobre el mismo, se presentará:

1. La historieta
2. Viñetas
3. Diversos tipos de planos
4. El lenguaje de las historietas

En la segunda semana, la propuesta consiste en introducir los pasos a seguir para la elaboración de una historieta, es decir, la confección de un esquema previo de diseño. De este modo, los alumnos se convertirán en historietistas y la actividad podrá llevarse a cabo tanto individualmente como en grupos.

||||||| *Semana II*

B/ Redacción de un guión literario y adaptación del mismo a la imagen: pensar la redacción en relación a una imagen, la disposición textual, los elementos que complementan las viñetas, etc.

Para escribir el guión los alumnos deberán tener presente nociones básicas de redacción y conocer en detalle el recorrido o las secuencias narrativas del cuento. Es conveniente que escriban un borrador que contenga la cantidad de viñetas y lo que van a incluir en cada

una de ellas. Es una buena oportunidad para recordar el empleo de todos los procedimientos que intervienen en la conformación de un texto. Se pueden recuperar, de esta manera, los conceptos de coherencia y cohesión así como las funciones de los conectores. Con respecto al punto número A.2, los alumnos deberán poner en relación la palabra y la imagen. Para ello, planteamos una serie de preguntas orientadoras que puedan formularse en la instancia del armado del guión:

- 1.** ¿Las viñetas serán en blanco y negro o en color como las historietas de Hugo Pratt? En caso de que elijan usar colores, ¿emplearán los tonos pasteles u oscuros como lo hace Agustín Nakamura?
- 2.** Dado que podrán usar diferentes planos, es necesario definir cuál utilizarán en cada viñeta: ¿planos panorámicos, primeros planos o planos detalle, entre otros? Tener presente que es un recurso cinematográfico y permite, cual cámara fotográfica, acercar o alejar el recorte de una escena¹
- 3.** ¿Cómo serán las imágenes en cada viñeta?, ¿incluirán metáforas visuales?
- 4.** ¿Utilizarán otros elementos para agregar sentido a lo que se dice? (Lenguaje icónico)

1 Para ver el concepto de plano y sus diferentes tipos, pueden ingresar al sitio <http://juanromera.com/historietista/planos-y-enfoques-en-el-comic/>.

2 Para conocer qué son las metáforas visuales, pueden visitar la siguiente página: <https://sites.google.com/site/442ellenguajedelhistorieta/9--metáforas-visuales>. Allí también encontrarán un recorrido por los orígenes, las funciones y los elementos de las historietas.

5. ¿Qué tipografía emplearán? Recordar que el tamaño de la letra es fundamental, en especial para referir a los tonos de las voces.

6. ¿Cómo expresarán las ideas y pensamientos en la historieta? ¿A través de globos de diálogo? Si estos no están, ¿cómo darán cuenta de las interacciones de los personajes? ¿Habrá algunos recursos que ayuden a suplir la ausencia de palabras? Recordar el uso de onomatopeyas, interjecciones.

En la tercera semana, se vinculará la literatura con otras disciplinas. Los alumnos podrán consultar con el o la docente de Informática para confeccionar un **Glogster** y allí crear y publicar sus historietas. La idea es que la actividad trascienda el ámbito meramente áulico. En primer lugar, será imprescindible indagar acerca de los conocimientos sobre las TIC, los recursos con los que cuenta la sala de informática, en caso de que exista, o bien si los alumnos tienen acceso a estas herramientas en sus casas. Luego, consideramos importante que se explique qué es un **Glogster**, cómo se deben crear las cuentas personales y cómo funciona esta aplicación <http://recursostic.educacion.es/observatorio/web/gl/internet/aplicaciones-web/794-glogster>

El diseño pretende expandir las fronteras del concepto mismo de historieta, logrando la intervención del mundo virtual. No obstante, la actividad también puede llevarse a cabo a partir de herramientas y formatos más tradicionales, como el armado de un periódico, una revista escolar o murales, en un trabajo interdisciplinario con asignaturas artísticas.

Acercándonos al final del trayecto, presentamos la posibilidad de realizar una evaluación final cuya consigna sea exhibir los trabajos realizados y que cada alumno o grupo de alumnos explique su propio proceso creativo. La actividad puede desarrollarse en la Sala de Informática misma o bien las historietas se colocarán de manera visible en un mural, pizarrón o soporte que permita la exhibición, de manera tal que los espectadores puedan observar la cartelera de historietas. Creemos que las dos opciones son viables y, de esta forma, cada alumno tendrá la posibilidad de exponer su propia experiencia de trabajo, comentando con detalles las etapas previas a la publicación, los recursos empleados y el surgimiento de las ideas.

||||| *Semana III*

143

C/ Actividad interdisciplinaria

1. Intervención de las TIC: ¿qué es un Glogster?
2. Diseño y publicación de las historietas.
3. Evaluación final: exposición de las historietas dentro de la institución.

Lectura: “Inframundo” de Federico Ferroggiaro

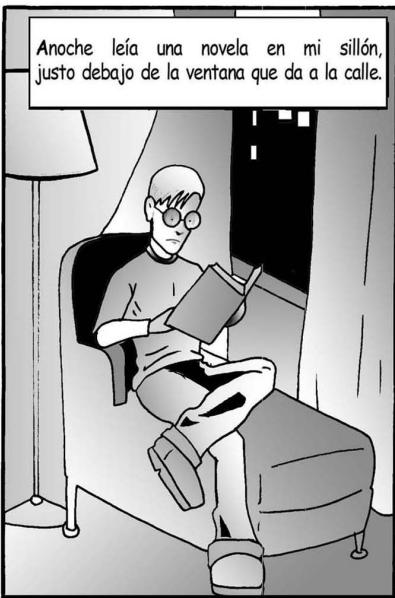
A lo largo de estas páginas hemos querido mostrar una posible propuesta de trabajo en el aula basada en una modalidad de aprendizaje holístico/transversal.

De esta manera, los alumnos podrán articular diferentes saberes que van desde la planificación de un guión previo y la aplicación de la competencia metalingüística al manejo de las nuevas tecnologías para elaborar sus historietas. Asimismo, la presentación de una secuencia didáctica como esta pretende que las actividades puedan ser llevadas a cabo de manera similar con cualquiera de los cuentos de este libro.

INFRAMUNDO

Guion: Federico Ferroggiaro.
Ilustración: Horacio Trino Mansilla.





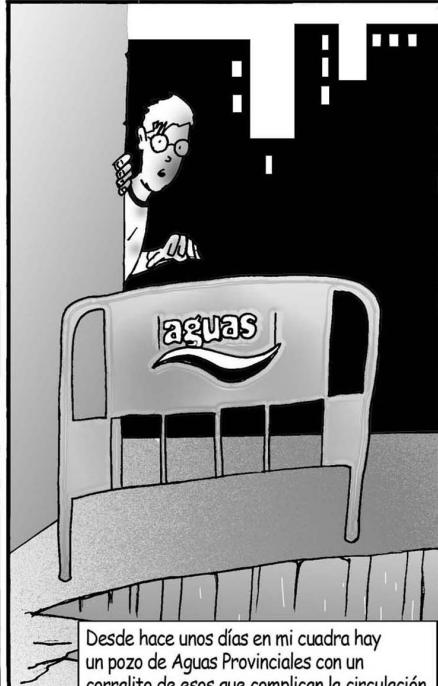
Anoche leía una novela en mi sillón, justo debajo de la ventana que da a la calle.



De pronto, el sonido de una explosión afuera; acaparó mi atención.

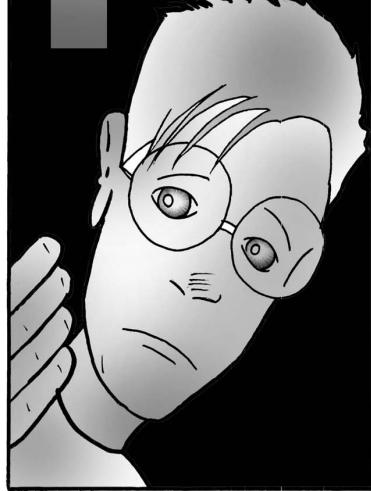


Dejé el libro y salí a la calle a ver qué había sucedido.



Desde hace unos días en mi cuadra hay un pozo de Aguas Provinciales con un corralito de esos que complican la circulación

Dicen los taxistas que es un negocio. Que la empresa dueña de los corralitos cobra por día de alquiler y que las autoridades dejan los pozos abiertos por largo tiempo para darle más dinero a sus amigos empresarios.



Como sea, lo importante es que yo salí y no había gente ni movimiento en las calles.



Entonces, me asomé para mirar dentro del pozo, a ver si hallaba la razón de aquel estruendo





Sí... era un tipo pequeño, con uniforme negro y casco de minero. En una de sus manos distinguí un objeto metálico, como un secador de pelo.



La piel de su cara estaba sucia, tiznada y eso me impedía saber su edad. Parecía que jadeaba asfixiado.



Sin nadie a quien recurrir, volví a mi casa para llamar a una ambulancia.



¡Corte!
¡No pidas auxilio!

Por descuido, dejé la puerta sin llave
y él irrumpió mientras yo esperaba que me atendieran.



Obedecí y salí a su encuentro.
Apenas me acerqué, se derrumbó en mis brazos y
perdió el casco-



Además de pequeño y liviano, era calvo.
Con facilidad pude llevárselo a mi habitación.

Lo ubique en la cama y al soltarle la chaqueta, vi que su pecho estaba carbonizado.



La impresión y el olor que despedía la herida me hicieron retroceder horrorizado.



Con tierra de una maceta, le preparé un vaso que bebió con ganas.



Entonces, reanimado; empezó a contarme lo jodido que estaba todo por allá abajo.

Hacía varios años que lo habían destinado al inframundo. Un honor, pero cuando se vive enterrado, los hombres cambian.



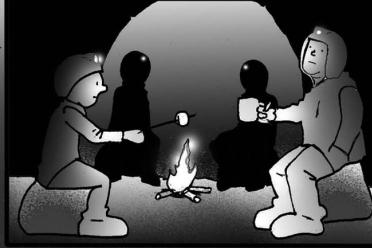
Los seres a los que combaten, atacan en hordas y por sorpresa. Causando muerte y estragos.



Los defensores se vuelven hoscos y el miedo los enloquece



A veces pasan semanas de tranquilidad



pero de pronto; se encuentran con los habitantes del inframundo y deben exterminarlos.





Le advertí que jamás había oido
algo semejante y eso que soy una
persona informada



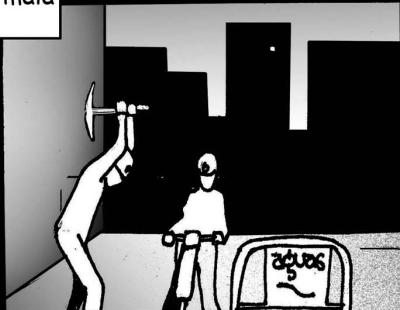
Sería un caos
si se supiera de la
guerra que hay
allá abajo.





Me quedé haciendo tiempo con mi libro, dando vueltas hasta decidirme a volver a la pieza.

Me ubiqué junto a la cama, le di la mala noticia y él se puso a hablar.

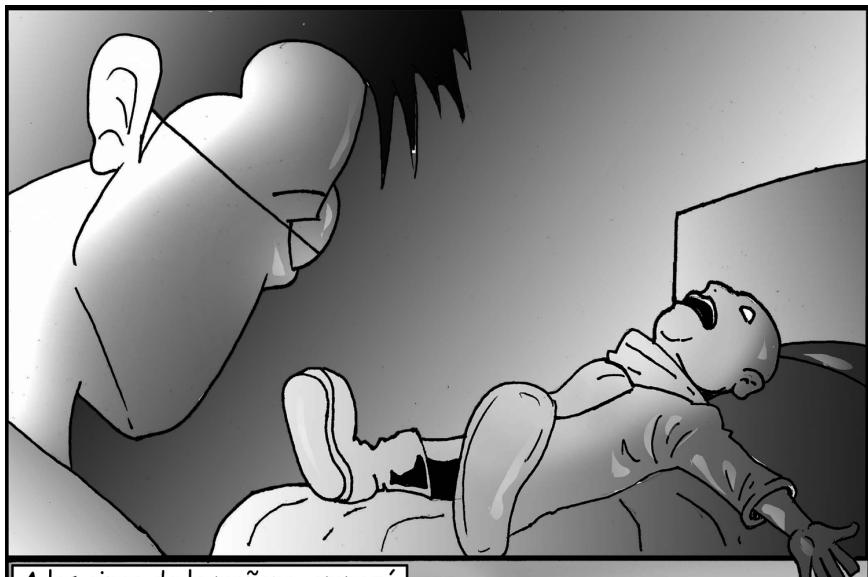


Me contaba por qué las empresas rompen a cada rato las calles con la excusa de cambiar caños o arreglar cables.

Que, en realidad; por esos huecos bajan los defensores y aprovisionan a los que luchan en la profundidades.



Yo estaba confundido, atontado y la importancia de sus revelaciones se me escapaban.



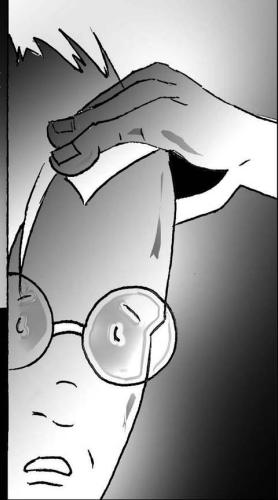
A las cinco de la mañana, empezó a convulsionar.



Yo me retiré a la sala.

Allí me asomé a la ventana para ver si sucedía algo extraño.

Nada. Era un día como cualquiera



Pensé que quizás fuera un loco porque aparte de sus testimonio, carecía de pruebas sobre la veracidad de su relato.

Regresé a la pieza y ya era tarde.



Una montañita de carbonilla sobre la cama me indicaba que se había muerto e incinerado a sí mismo.

Con asombro, sacudí las sábanas y sus cenizas formaron una alfombra negra sobre el piso de mi cuarto



Las barrí con asco, separando los dientes y las uñas que podían resultar sospechosos si alguien los encontraba en la basura.



A estas partes del cuerpo
las enterré en la maceta de
la lilas

Amanecía. Ya eran las seis y cuarto y
no quedaban rastros de esa presen-
cia que me había deparado una noche
extraordinaria.

Todo este episodio me ha dejado
sensible, alterado...



quién sabe si no es cierto eso de la
guerra en el inframundo, en las profun-
didades...

Índice

- 7 Rosario se lee
11 Instrucciones (posibles) para leer y descubrir este libro
13 Variaciones del fantástico
- 17 EL ÚLTIMO MILAGRO, Javier Nuñez
33 Actividades por Leonardo Insinga
- 39 DEUS EX MACHINA, Florencia Moscato
45 Actividades por Valeria Castillo
- 49 LA REENCARNADA, Patricia Suárez
67 Actividades por Cecilia Muñoz
- 71 EL MIMO, Daniel Basilio
85 Actividades por Marina Maggi
- 91 INFORME DE UN MORIBUNDO, Alma Maritano
101 Actividades por Lorena Andreucci
- 111 XBS/17, Ber Stinco
121 Actividades por Marcelo Eduardo Baran
- 125 INFRA MUNDO, Federico Ferroggiaro
137 Actividades por Celina Cancian
145 Historieta por Horacio Trino Mansilla

